

Escudo del Estado de Colima.

Cerca de Almolonia, pueblito indígena, se fundó la colonia española que oficialmente llevó el nombre de Santiago de los Caballeros, o Villa de San Sebastián. Entre ésta y Almolonia, los franciscanos españoles fundaron y reunieron a alrededor de su convento a los indígenas de las cercanías. Estos centros de población, indígena y española, formaron después la Villa de Colima. Simbolizar ésta es lo mismo que simbolizar aquéllos. Su escudo debe representar la tierra, las razas y el origen de su historia.

Este escudo sintetiza lo anterior: el centro es el jeroglífico o escritura azteca de "Almolonia" (agua que gira), la tierra en que se unieron dos razas; éstas están representadas por los escudos y las armas, y los colores simbolizan: el verde la feracidad de la tierra, el azul la hermosura de su cielo, y el rojo la sangre derramada en la conquista, origen de su historia.

Decir COLIMA, es decir, en idioma náhuatl: "Lo que conquistaron nuestros abuelos." Estudiar su historia es investigar lo que fueron, comprender lo que somos y conocer lo que debemos al vigor de su brazo y al temple de su raza.

## COLIMA

EN EL ESPACIO, EN EL TIEMPO Y EN LA VIDA

Por el doctor MIGUEL GALINDO

---

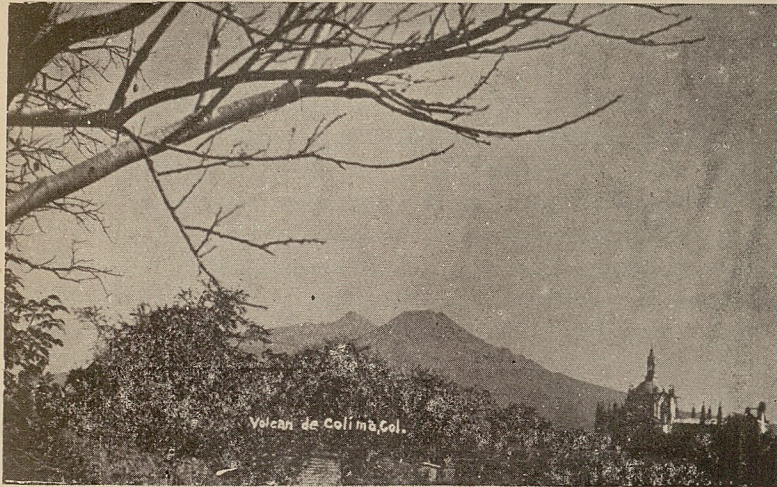
Al escuchar de nuestra presidencia una invitación para ocupar vuestro pensamiento en la sesión de esta noche, confiado en la benevolencia de los que a esta aula sagrada concurren con espíritu de la más elevada cultura y con el entusiasmo que han despertado ilustrados consocios al bosquejar geográficamente diferentes partes del territorio nacional, acepté de buen grado el venir a presentarme hoy ante vosotros con la idea de contribuir a esa labor tan de acuerdo con nuestro instituto, y en la que parece que tácitamente colaboramos a la realización de una de las ideas expuestas en la sesión anterior, con motivo del programa con que debieran celebrarse el primer centenario de nuestra meritísima Sociedad: la formación de la Geografía Nacional. Esta idea ha sido de muchos, y para mí se ha convertido en ardentísimo deseo. Por desgracia, después de advertencias juiciosas y muy atendibles razones de uno de nuestros consocios, cuya superioridad y competencia en esta materia reconozco, mi ilusión se ha desvanecido. Sin embargo, ya que no se pueda formar la obra oficial, por decirlo así, de la Geografía Nacional, siquiera trabajos aislados vengan a despertar el interés sobre las distintas regiones de nuestra patria, a unificar el criterio, a mezclar los conocimientos, a preparar los materiales con que futuras energías y más afortunadas inteligencias, puedan formar la obra cuya realización parece hoy inasequible.

Voy, pues, confiado en vuestra indulgencia, a ensayar mi pensamiento en el dibujo, a grandes rasgos, de la tierra florida

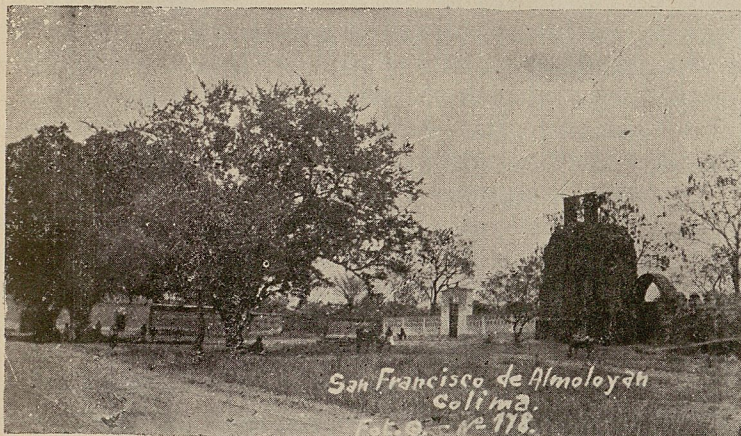
en donde pasé algunos años de mi existencia entregado al trabajo profesional; de una especie de paraíso terrenal donde la Naturaleza volcó el ánfora de sus más preciosos dones, como si hubiera querido que fuera ese pequeño territorio, su muestrario de lo más bello y útil que encierra en sus tres reinos: en el mineral, las masas de zafiro de sus volcanes cortan bruscamente el horizonte por el Septentrión, de donde parecen desprenderse, como enormes y ondulantes listones de plata, al Occidente el Río Maravasco, y al Sur el Coahuáyana que forman las fronteras con Jalisco y Michoacán; al Suroeste las majestuosas y rimbombantes ondas del Océano que por no sé que extraña ironía se llama Pacífico, pues que ha sido siempre de una agitación enorme y estruendosa, que desde hace mucho tiempo casi no deja pasar año sin poner en sus costas una escena de dolor y de tragedia; hondonadas, colinas, barrancas y montañas en que abunda, ya la roca caliza tan preciosa para las construcciones arquitectónicas, ya la arcilla que a la utilidad anterior añade la del uso doméstico y del arte, arte primitivo que nos recuerda el de nuestros antepasados, y cuyos ejemplares regados por todas partes nos han revelado la historia de las generaciones pasadas, y, por fin, el limo fecundante, la tierra vegetal que nutre, vigoriza y alimenta las plantas de todo género desde las resinosas coníferas, propias de climas fríos, hasta las palmeras sollozantes de clima tropical. La producción vegetal es abundante y soberbia, como corresponde a un terreno tan húmedo y accidentado de alturas variadas entre 3936 metros y el nivel del mar, y la fauna nada deja que desear ni en belleza ni en utilidad, y todo eso en pequeño espacio, en una area de 5205 kilómetros cuadrados.

COLIMA, uno de los Estados más pequeños de la Confederación mejicana, ocupa el espacio determinado por las siguientes coordenadas:  $18^{\circ} 33' 13''$ , y  $19^{\circ} 27' 9''$  de Lat. Norte, y  $4^{\circ} 12' 34''$ , y  $5^{\circ} 33' 20''$  Long., occidental de Méjico.

La vieja y trillada definición de Geografía; descripción de la tierra como morada del hombre, en mi concepto la más exacta y adecuada, viene a mi memoria asociada al método descriptivo que con tanto acierto inició don Martín Cereceda y con no menor siguió don Juan Plau Vera, método que no es otro sino el seguido por nuestros textos de Anatomía Topográfica, es de-



Volcán de Colima.



San Francisco de Almoloyan, Col.

cir, la Anatomía que describe el organismo "por regiones." Cómodo y ventajoso es describir los lugares por regiones naturales en las que el relieve del suelo, el clima y las producciones se combinan y forman una "unidad geográfica" que a la vez explica las actividades sociales, y en muchos casos determina los acontecimientos históricos.

Las regiones naturales del Estado de Colima son: el Valle de Colima, una de las más extensas que desciende en caprichosas ondulaciones, de Norte a Sur, prolongando la falda de los volcanes hasta encontrarse con los cerros de Coquimatlán y de Jala, de Piscila, los Volcancillos y los Copales, que limitan el Valle por el Sur, entretanto el Río del Naranjo lo limita al Oriente, por limitar el Estado, y la serranía del Astillero y el Cerro de Juluapan o Cerro Grande al Occidente. Este valle tiene cuatro salidas; una oriental que abarca gran parte del Río del Naranjo; la cuenca del Río Salado por donde éste se abre paso para regar la región de su nombre, el amplio conducto por donde el Río Armería se precipita a la Región Salinera, y, por último, la comunicación del Valle de Colima con la Depresión del Maravasco, entre los cerros del Meco y los Ocotes al Norte, y de la Vieja, San Gerónimo y la Lima al Sur.

Aunque el Valle de Colima, por su calidad de valle, es poco accidentado, forma parte de la vertiente occidental de la Sierra Madre, y desciende en declive pronunciado en busca de la playa arenosa con majestuosas ondulaciones que forman planicies y hondonadas, donde asientan los pueblos, pastan los ganados o prosperan los sembradíos, fingiendo llanuras movedizas de esmeralda, y barrancos por donde encauzan las aguas pluviales formando arroyos de corriente precipitada y peligrosa.

Como el descenso del valle es rápido, de Norte y Noroeste al Sur desde las alturas volcánicas a las vegas del Salado y el Armería, todos los climas se presentan en él; la temperatura es uniformemente variada, y el frío polar de la cima de los volcanes desciende hasta convertirse en calor sofocante en los límites australes de esta región, que por estas condiciones, constituye la parte más poblada del Estado, 66,000 habitantes, con una producción agrícola y ganadera sorprendentes. En el primer semestre del año de 1924, salieron por el ferrocarril de Colima a

diferentes partes de la República, en cantidades anotadas en kilogramos, los productos siguientes: maíz, 3,414,700 - arroz, . . . - 478,300 - azúcar, 141,390 y piloncillo 188,140. En ese mismo período la ganadería exportó una gran cantidad de reses y de cerdos.

Esta región comprende las agrupaciones humanas principales: la capital del Estado con casi treinta mil habitantes, y los pueblos de Villa de Álvarez, Comala, Cuauhtémoc, Coquimatlán y otros de menor importancia. La industria, hija de las producciones naturales, es la corambrería.

La Región del Salado está constituida por dos agrupaciones montañosas separadas por el Río Salado que, después de salir de entre ellas va a unirse al Río del Naranjo, formando el Coahuayana. Quedando, por tanto, la parte montañosa Nor-oriental, comprendida como entre los brazos de una enorme tenaza, entre las corrientes del Salado y del Naranjo. Esta región es de las menos pobladas por el hombre, y sólo comprende pequeñas agrupaciones que la habitan obligadas por el trabajo, como Jala, Tecolapa, Caleras y Montecristo. En el relieve irregular de las tierras que se extienden a los lados del río, como si fueran las arrugas de enorme manto petrificadas de improviso, se forman anualmente corrientes efímeras y precipitadas de agua que afluyen a la principal. La masa montañosa más boreal y cercana al Salado, por su margen derecha, recibe el nombre de Cerro del Alcomún, notable en la leyenda popular como lugar estratégico para los bandoleros que sorprendían las conductas de dinero en los tiempos de las revoluciones heroicas, así como al Sur de la región se extiende una pequeña planicie limitada por el levantamiento llamado cerro del Alcuahue a cuyo pié se encuentra la laguna del mismo nombre, laguna encantada y misteriosa, según la tradición infantil de los pueblos primitivos. Cercano a estos lugares, al Norte, se encuentra el pueblo principal de la región, Ixtlahuacán, cabecera de la Municipalidad de su nombre. La caza y la industria textil son las fuentes de riqueza de esta región.

La cuenca del Armería es una región eminentemente agrícola, escondida entre las masas montañosas que limitan el Valle, formada por las amplias vegas del río de corriente silenciosa. La cuenca del Maravasco constituye otra región de doble fisonomía,

la agrícola formada por la vega izquierda del río cuyo nombre lleva, y la maderera constituida por las masas montañosas que por el Noroeste limitan el Valle de Colima. Estas dos últimas regiones están casi despobladas; solamente los trabajadores las habitan de manera provisional.

Finalmente, llamo región salinera, a la faja arenosa y enorme que se extiende detrás de las pequeñas serranías mencionadas, en la cual el relieve del suelo cambia constantemente, desde la movediza playa a la duna que la limita, al palmar que le sigue, al bosque de arbustos pequeños pero de ramazones retorcidas y abundantes, y a los claros en que el suelo se encuentra saturado de sal, de donde es extraída por procedimientos relativamente primitivos, pero que constituyen el aspecto encantador del paisaje: El montículo de tierra en cuya cima se abre el depósito de la tierra salitrosa que atravesará el agua; la covacha inferior en que se recibe la solución saturada, la era en que se extiende, y regados en la llanura, los montículos de sal extraída, de blanca impecable. La riqueza y la poesía se unen en esta región; los palmares sollozantes, encanto de la vista y descanso apacible en las enervantes siestas, ofrecen sus frutos refrescantes en la sombra de su selva a los paseantes o labradores, y producto de exportación al comerciante; la sal es una indiscutible riqueza, y la playa ofrece sus baños atractivos que año por año son visitados por gente de toda la República.

En esta región está comprendido, en su límite boreal, el puerto de Manzanillo, defendido perfectamente de los vientos por sus cerros próximos, con admirable bahía que debería haberlo el primero de la Nación, pero con la vida humana constantemente asechada por dos lagos de muerte; la Laguna de Cuyutlán y la de San Pedrito.

La importancia del puerto, a pesar de que condiciones extrañas no lo han dejado desarrollarse como debiera, puede sospecharse sabiendo que se calcula en doscientos cincuenta mil pesos el ingreso mensual a su aduana, por conceptos mercantiles.

La configuración general del Estado es sensiblemente triangular; sus límites aparecen marcados por las corrientes de los ríos de Tuxpan, Naranjo y Coahuayana, la misma con tres nombres distintos según la región, que se dirige de Norte a Sur y

Sureste hasta encontrar el Océano en la Boca de Apiza; por las del Río de Paticajo y Chacala o Maravasco, que se dirige primero al Sur y luego francamente hacia el Suroeste hasta desembocar en el Puerto de Navidad. Estas corrientes se desprenden de las elevadas montañas que a un lado y otro de los volcanes simulan enormes y azules aletas o brazos gigantes en actitud de abrazar el territorio del Estado, que queda comprendido entre esas derivaciones montañosas y las corrientes que les forman continuación, como si los gigantes de zafiro, el de cabeza cana y el que a veces usa su morrión de lava, estuvieran señalando su propiedad que al Suroeste recorta la inquietud infatigable y sonora del Pacífico, que forma el tercer lado del triángulo isósceles.

Si pudiera verse el estado de Colima desde una grande altura, se observaría que la parte central que he llamado Valle de Colima es una planicie inclinada en lo general; pero en particular surcada de arrugas, en su mayoría longitudinales, que forman las cuencas de los numerosos arroyos que fecundan sus campos forrajeros y labrantíos, siendo la mayor la que forma lecho al río de Armeria que como visetriz del ángulo menor, atraviesa todo el Estado hasta terminar en la Boca de Pascuales, y teniendo, el Valle, numerosas huídas planas, especialmente la mayor hacia el Oriente, sobre el río del Naranja, y la que le sigue en magnitud hacia la región salinera. Se comprende por qué el Estado de Colima, a pesar de su pequeñez de superficie, presenta los caracteres de grandes territorios; un clima variado, a cuyas variaciones corresponden variaciones en la vegetación, en el trabajo y en la vida. Aquella salubre, espiritual y soñadora en las faldas heladas de los volcanes, con sus bosques de coníferas de hojas filiformes que bajan a las poblaciones en la semana de Dolores para adornar los "incendios", y enervante y muelle en el palmar ruidoso de la tierra caliente.

Como la parte habitada por la casi totalidad de la población es la caliente, la menos elevada, ésta se puede tomar como término de comparación para juzgar de la influencia atmosférica, y en la ciudad de Colima, capital del Estado, cada habitante soporta una presión de catorce toneladas. De ahí cierta indolencia, aumentada por la temperatura; especie de apatía para el

trabajo, por otra parte compensada con la riqueza del suelo, y si no fuera porque esa misma riqueza atrae parásitos que, no por ignorancia de la Zoología, sino por prudencia, no quiero nombrar, sería aquel que vió el ilustre caballero de la Triste Figura en sus sueños de loco y de vidente, que permanecía en la "dichosa edad y siglos dichosos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados."

La atmósfera, siempre saturada de brisas y de aromas, presenta a veces sacudidas de huracán, y en los tiempos precortesianos ocasionaba tantos incendios en los poblados cuyas habitaciones en general eran de madera, que los primitivos habitantes tenían como uno de sus dioses principales a Cuecáltzin o Huehuetéotl, el dios del fuego. Otro era Tiáloc, el de la lluvia; porque esa atmósfera alocada a veces, de ordinario es húmeda, las lluvias regulares y frecuentes y los terrenos labrantíos dan con frecuencia dos cosechas por año. La tierra, por su parte, ha tenido en épocas pasadas, convulsiones de histeria que, unidas a la actividad volcánica, han dado lugar a grandes estragos y graves perjuicios para los hombres, los ganados y la agricultura. Los grandes terremotos eran frecuentes, y entre ellos son muy especialmente dignos de mención los de 1816 en que la tierra parecía tener el baile de San Vito, sacudiéndose por ocho días seguidos, y el tremendo sacudimiento de 1818. que echó abajo gran número de casas, y los templos de San Francisco Almolyan, Ixtlahuacán, Tecomán, Coquimatán, Xuchitlán, quedando en pié los de Quizalapa, Tamala y Comala, que eran de zacate, e inundando el mar las salinas de Cuyutlán, azolvando los "pozos" y echando abajo las casas y enramadas. Posteriormente la tierra se ha pacificado, probablemente espantada de la belicoidad de los hombres.

Entrando en algunos otros detalles que relacionan el territorio del Estado de Colima con su habitabilidad, para justificar la vieja pero exacta definición de Geografía, se debe observar que, a pesar de la enorme variabilidad de condiciones climatéricas, se pueden establecer dos zonas principales de fisonomía distinta: la occidental que comprende los declives cercanos al mar, de atmosfera húmeda, fecundidad lujuriosa, aspecto pintoresco y calor sofocante: plena zona tórrida. La oriental es templada, el

calor disminuye sucesivamente a medida que se aleja uno de la anterior y, saliendo de las fronteras políticas del Estado, se llega a lugares verdaderamente fríos en el invierno, sobre todo si pasamos la cresta de la Sierra y penetramos a la Mesa Central; la atmósfera es seca; los veranos quemantes, el ambiente polvoso, y las poblaciones también polvosas. Es importante tomar en cuenta lugares de la cima de la Sierra y principios de la Mesa Central, porque en las épocas precortesianas el Estado político de Colima se extendía hasta éstas, y las salitreras de Sayula no son extrañas a sus tragedias históricas.

Con estas zonas varían, evidentemente, las relaciones del terreno con el trabajo del hombre. En la templada la vegetación disminuye y el calor decrece, y el hombre tiene más aptitud para el trabajo; el frío estimula el músculo, y la Naturaleza, menos fecunda y más hostil, impone con mayor imperio la necesidad de trabajar. Lo contrario sucede en la zona tórrida y húmeda: la vegetación es abundante lo mismo de cereales que de árboles frutales, y la fecundidad se extiende al reino animal. En ésta, el ganado caballar y vacuno traídos por la conquista han encontrado un suelo tan apropiado a su desarrollo que, aun después de las enconadas luchas que en varias épocas han ensangrentado el suelo de la República, en este rincón han quedado animales suficientes para comenzar de nuevo la obra de reconstrucción, sin haber pasado por las hambres que han atormentado a otros lugares. El hombre participa también de la fecundidad de la Naturaleza, y adquiere un rápido desarrollo.

Si por una parte hay suma facilidad para satisfacer las necesidades de la vida, por la prodigalidad de la Naturaleza, en cambio el calor constante y elevado, la humedad que dificulta la transpiración, la atmósfera haciendo presión de catorce toneladas sobre el individuo, dan por resultado una cierta lasitud corporal, una pereza material e indolencia intelectual para toda empresa que signifique grandes esfuerzos, y hay propensión a la vida muelle y tranquila. Sin embargo, las altas temperaturas irritan la sangre y producen no escasa inclinación a los actos de violencia; pero, en cambio, la fecundidad de la Naturaleza ha originado una elevada honradez en lo relativo a la propiedad, un respèto absoluto a lo ajeno. En la historia de las poblaciones

colimenses se han hecho notables los robos y raterías, sólo cuando los trastornos políticos generales han llevado hacia ellos habitantes de otras regiones. Los nativos de Colima tienen, por decirlo así, el instinto invencible de respeto a la propiedad ajena. Por eso su carácter es franco y servicial; las comunicaciones familiares abarcan barrios enteros y ellas traen aparejada indiscreción, ya que en la prestación de servicios gratuitos y espontáneos, son impreseindibles las confidencias íntimas, y la franqueza del carácter colimense ha sido siempre una de las mayores atracciones para los extraños.

\* \* \*

En estos lugares de floración inmarcesible habitaron elementos de la raza otomíe, de la primera habitante del territorio mejicano, según suponen algunos etnólogos e historiadores cuya opinión comparto. Aquellos otomíes nos dejaron las huellas de su estancia en la región que estudio en sus montículos funerarios, y más que todo en la imagen, labrada en piedra, de "la rana vieja." Al Norte de la ciudad de Colima se encuentra uno de esos montículos en el lugar llamado "El Chanal," y rodada entre la hierba y confundida con piedras informes, la en que el paciente y primitivo artista con instrumentos también de piedra, labró toscamente la imagen de la rana.

Fué la representación de la madre tierra, la simbólica rana, la encargada de participar a las generaciones futuras, la existencia en aquellas regiones de miembros de la raza otomí, la raza primitiva, la raza monosilábica que había de calentar, en el transcurso de los siglos, los cerebros de los más porfiados investigadores del pasado.

Después de los otomíes, llegaron los aztecas que en su mayoría pasaron hacia el valle de Méjico, dando vuelta a su izquierda, como si los volcanes fueran el "guión" tras del cual deberían continuar su marcha. Pero, como pasó a los conquistadores, muchos de ellos se quedaron a vivir atraídos por la fecundidad del suelo y la hermosura del paisaje. Allí plantaron su tienda, sobre todo en los lugares noroccidentales, y son también los restos arqueológicos, tan mal estudiados todavía, los que revelan la estancia de tribus nahoas en esos lugares, comprobadas plenamente.

te por pueblos en que, casi agonizante, subsiste aun el idioma azteca.

Al Sureste se nota la influencia de otras razas, la tarasca y sobre todo la tribu popoloca o de los tecos, probable derivación de la mixteca. Son los mismos aztecas los que revelan esto, y hasta el lugar que alcanzaron en su invasión; Tecomán. Es decir, hasta este pueblo llegó la invasión procedente del Sur, que se encontró con las que habíau llegado por el Norte. De esta conjunción nació el Reino de Cóliman, el dominio del fantástico Rey colimote citado por Mota Padilla y Tello, del que no nos quedó ni su nombre, por modestia, según Mota Padilla; por lo breve de su reinado en opinión del suscrito.

En efecto, la formación del Reino de Cóliman apenas si precedió diez años a la conquista española, y los sucesos que le dieron origen fueron los siguientes: Al pasar algunas de las tribus nahuatlacas por el territorio del hoy Estado de Colima, procedentes del Norte, dejaron restos de ellas en las floridas faldas de los volcanes, incitadas por la riqueza y fecundidad del terreno, y quedaron, naturalmente, extendidas especialmente en las regiones Norte y Noroeste, en el radio que alcanzó la peregrinación, y que comprendía lo que he llamado Valle de Colima, dejando libre el terreno que se extiende detrás de las agrupaciones montañosas que lo limitan al Sur y sobre todo al Sureste, por donde la planicie arenosa que linda con el Océano y con las faldas de la Sierra Madre Occidental, se extiende hasta la cortadura que en ésta forma el río Balsas, Mezcala o Zacatula, conductor, como lo vamos a ver, de las tribus popolocas que se desprendieron de la Sierra Mixteca y se esparcieron por todo el gran Valle del Sur, hacia el Norte. Esta migración es interesante y explica por qué los popolocos de unas regiones, son los tecos de otras. En efecto, al desprenderse de la Sierra Mixteca, se esparcieron a medida que el Gran Valle se ensanchaba; algunos tomaron exactamente la dirección de Sur a Norte y llegaron al territorio que hoy forma el Estado de Puebla; otros se fueron oblicuamente al Noroeste, hasta llegar a los contrafuertes que unen las dos Sierras Madres, la Oriental y la Occidental, contrafuertes a que nuestro consocio el ingeniero Osorio Mondragón propone llamar sistema tarasco-nahoa, y yo sencillamente Sierra Taras-

ca o Sierra Michoacana; los terceros siguieron la margen derecha del Balsas hasta trasponer la Sierra Madre Occidental por el mismo paso del Río y luego continuaron al Noroeste hasta Tecomán, y por último, otra parte que siguió la margen izquierda del Balsas, entre ésta y la Sierra Madre, traspusieronla cerca de la desembocadura del Zacatula, y se extendieron al Sur, formando, entre los de una y otra parte de la Sierra, el hoy Estado de Guerrero.

Así las cosas, los tecos que llegaron a los contrafuertes michoacanos trataron de invadir el territorio tarasco; pero los bravíos adoradores de Curicaveri los rechazaron y los persiguieron. En la persecución siguieron la dirección que sus antecesores, en su mayoría, y algunos traspusieron la Sierra por otros lugares, dispersándose y formando los grupos cuyos restos constituyen hoy los tecuejes o tecojines de Jalisco; otros descendieron a las playas uniéndose a los que atravesaron la Sierra por la cortadura del Mezcala y fueron a la parte Sur y Sureste del hoy territorio del Estado de Colima, siempre perseguidos por los tarascos, quienes al llegar a un terreno tan fértil, fecundo y rico, entraron en transacciones con los popolocas, se alzaron con el santo y la limosna, y no volvieron a Michoacán, sino que formaron una nueva agrupación política que sojuzgó a los pueblos aztecas que habitaban el Norte. El capitán que mandaba la expedición perseguitora fué el "famoso Rey Colimote." Su nombre no ha quedado en la historia por la sencilla razón de que, si él no hizo caso de su gobierno para darle cuenta de su expedición, su gobierno tampoco hizo caso de él que al fin no era sino uno de tantos capitanes que se mandaban a retirar a los enemigos; retirados éstos los michoacanos no se preocuparon de sus enviados hasta el día en que, luchando con la confederación Chimalhuacana por las salitreras de Tzacocalco, los tecos dirigidos por tarascos, o sea los colimotes, se pusieron de parte de los chimalhuacanos, y, por primera vez, fueron vencidos los tarascos.

Al poco tiempo los mismos pueblos chimalhuacanos entran en lucha, y por la misma manzana de discordia: las salinas de Tzacocalco. Entonces el Rey Colimote combatió a los chimalhuacanos, para ponerlos en paz, y la mejor manera que encontró de conservar ésta, fué la de someterlos a su dominación. De ahí

que en vísperas de la conquista el Reino de Cóliman abarcara el hoy Estado de Colima y gran parte del de Jalisco, esto es, toda la confederación chimalhuacana. Eran, pues, los tecos, valientes y aguerridos y no en vano los michoacanos los veían con recelo; parece que sólo les faltaba aptitud directriz para la lucha; eran buenos, magníficos soldados, y muy malos capitanes. Esto explica que en muchos lugares aparezcan en segundo término y dén lugar a que algunos autores, como el doctor D. Nicolás León, digan que son restos de una raza destrozada por pueblos más fuertes.

En efecto, los tarascos, encastillados en sus abruptas montañas, que con justicia histórica deben llamarse sierra tarasca, o sierra michoacana, fueron atacados por los aztecas en tiempo de Axayácatl, y rechazaron victoriosamente las tropas de soberbio monarca; en tiempo de Moctezuma II fueron nuevamente atacados, y nuevamente quedaron victoriosos, imperando el último rey de Michoacán, Tangoaxan II. Este monarca pretendió apoderarse de las salinas de Tzacoalco y mandó dos cuerpos de ejército para que atacaran simultáneamente a Tonalan y Tzaulan. Pero el cacique de éste señorío, Cuantoma, y su súbdito Tzitlali, después de sangriento combate, fueron derrotados en Acátlan y tuvieron que retirarse hasta Cocólan. Por su parte, los de Tonalan y Tlaxomulco eran también derrotados completamente por los tarascos que llegaron hasta Yahualulco, haciendo destrozos e incendiando este pueblo. En tan tristes circunstancias, los chimalhuacanos del Sur estaban próximos a someterse, cuando el Rey de Colima, con una actividad asombrosa y con genio más bien político que militar y digno del que formó un reino con sus propios perseguidos, se presentó en auxilio de los chimalhuacanos, levantó el espíritu decaído de Cuantoma y Citali, reunió a los caciques Calicentli, Cuitlaxili, Minotlacoya, Opochtli y otros, y formó un poderoso ejército con el que, personalmente, esperó a los tarascos en Tzacoalco. Los de Tonalan, alentados por la conducta de los colimotes, se reorganizaron a su vez, y formaron otro grande ejército con las tropas de los valientes capitanes Atóloch, Pitáloc, Pilili, Tótoc, Chachi, y Coaxícar que, al mando de Cóyotl, volvieron sobre los tarascos, encontrándolos en Tlaxomulco, donde se trabó un desesperado combate en que

triunfaron los chimalhuacanos; al mismo tiempo el rey de Colima destrozaba completamente a los tarascos en las ardientes y arenosas playas de Tzacoalco, quedando así las salitreras de su laguna en poder de los chimalhuacanos, y por primera vez empañados los lauros victoriosos del imperio michoacano.

Este rápido engrandecimiento del imperio colimense amenazaba, evidentemente al poder azteca y era predicción segura de su hegemonía en todo el territorio. Un nuevo sol aparecía por el Occidente, para marchar hacia el Oriente. Esto no podía ser. La fatalidad histórica hace que la civilización marche siempre como el sol de nuestro firmamento: de Oriente a Occidente. Todo quedaba preparado para la dominación española: Los tarascos y los chimalhuacanos del Sur, resentidos con los de Colima por los anteriores fracasos, así es que, cuando Hernán Cortés, después de tomada Tenochtitlán, mandó a sus capitanes a conquistar otros lugares del territorio, supo por los tarascos del sometido Tangoaxán II, a quien sus mismos súbditos veían con cierto desprecio llamándole Calzonzi (zapato viejo,) que existía el poderoso imperio colimense.

Mandó, pues, a Juan Álvarez Chico y Alonso de Ávalos, a su conquista. Estos capitanes se dividieron, por estrategia, y Ávalos se dirigió a los chimalhuacanos del Sur, tomando su derecha por Zapotlán, Sayula, Tzacoalco, etc., pueblos resentidos con los de Colima, que de buen grado se sometieron al español, sin esfuerzos ni combates, con la esperanza de vengarse de su anterior y reciente dominador. De ahí que estas poblaciones tomaran el nombre de Provincias de Ávalos, habiendo éste dado parte de su triunfo directamente a Cortés, haciendo menos a su principal, que era Álvarez Chico. Éste llegó por el Sur a Colima, digo, pretendía llegar, cuando los valientes colimotes le salieron al encuentro, derrotándolo completamente. La conducta de Ávalos no era para que los llamara en su auxilio, y se dirigió a Crisóbal de Olid a la razón en Zacatula. Olid se unió a Álvarez Chico y volvieron sobre los colimotes que los esperaron en una barranca, probablemente en el río del Naranjo, o Coahuayana, les formaron una emboscada, y destrozaron al ejército de los dos capitanes españoles. Ruidoso fué este nuevo fracaso que mucho disgustó a Cortés, por lo que reprendió duramente a Olid, pues

que se reunió a Álvarez sin su previo aviso. Cortés, celoso del prestigio de las armas españolas, mandó violentamente a Gonzalo de Sandoval a reparar el doble desastre y este capitán derrotó completamente a los de Colima, los persiguió por todo su territorio de Sur a Norte; probablemente en uno de los combates quedó muerto el rey y confundido con otros combatientes, pues nada se pudo saber de él, y también es probable que la casi totalidad de los guerreros haya quedado en el campo de batalla. Los pocos dispersos pudieron ocultarse ante los vencedores españoles entre los pacíficos, o se expatriaron para siempre.

Sandoval volvió hacia el Sur en busca del Océano, hasta que lo encontró, y luego regresó a Méjico, digo, a Coyoacán. Pero, el regreso se hizo lentamente, visitando con su ejército vencedor los lugares hermosos y fecundos del suelo colimense. Estuvo algún tiempo en un pueblo llamado Xocótlan, y entretanto sus hombres se enamoran del terreno. Llegaron al lugar en que hoy se encuentra la ciudad de Colima escogido por muchos de sus compañeros para quedarse a vivir allí. Aceptó Sandoval el proyecto, y permaneció en Xocótlan mientras se realizaban los primeros trabajos encaminados a formar la colonia, a la que pusieron por nombre Villa de San Sebastián, nombre que no prevaleció, pues los españoles preguntaban a los indígenas recién sometidos por el nombre de aquella tierra; pero con las dificultades inherentes al desconocimiento mutuo de los idiomas, los indígenas contestaban que esa tierra era: lo que conquistaron sus abuelos; cóliman (Coli, abuelo, según Remy Simón.) De ahí la palabra Colima.

Por fin, Sandoval fundó la Villa, dejando en ella, como colonos, a Juan Pinzón, Ginés Pinzón, Diego Garrido, Cristóbal Cabezón, Juan de Iniestra, Martín de Monjarás, Rodrigo de Evia, Rodrigo Lepuzcano, que vinieron a América con Hernán Cortés; Francisco de Sifontes, Alonso de Arévalo, Gómez de Hoyos, Juan Fernández, Rodrigo de Villacinda, Alonso Quintero, Antón de Santa Ana, Juan Batista, Batista de Rapalo, Alonso del Río, Pedro Gómez, Gregorio Ramírez y Juan de Aguilar, que vinieron con Pánfilo de Narváez; Benito Gallego, Hernando de la Peña, Jorge Carrillo, Diego de Chávez, Antón López, Gonzalo de Talavera, Juan Pérez, Martín Jiménez, Rodrigo Manrique, Pedro San-

ta Ana, Bartolomé López, que vinieron anteriormente y se agregaron a los conquistadores. El mismo Sandoval formó el primer Ayuntamiento y nombró los alcaldes ordinarios, y con el resto de su ejército volvió a dar cuenta de sus hechos a Hernán Cortés.

Hermoso era el sitio, lo es todavía, escogido por los españoles citados para formar su nueva y perpetua residencia. El río de Colima que hoy atraviesa la ciudad, era en aquel entonces de caudalosa corriente; sus márgenes pintorescas y sinuosas formaban remansos que invitaban al baño, tanto más tentador cuanto ardiente el clima; abundantes árboles de espeso frondaje proyectaban fresca y bienhechora sombra y ofrecían sus sabrosos frutos, lo mismo que las esbeltas y cimbradoras palmeras de penachos murmurantes. Tentador como pocos era el paisaje, y con razón atrajo con su fecundidad y hermosura a los guerreros que al pasar lo contemplaron. Por eso se quedó una parte de ellos, se quedaron los en que dominó el instinto agricultor al guerrero. Todavía en algunas pinturas se percibe la esplendidez antigua del paisaje en las vegas del río, hoy urbanizadas; los modernos han destruido la obra de la Naturaleza substituyéndola con obras de mala arquitectura; las arboledas frondosas se han retirado de las márgenes del río en que dejaron la armadura los conquistadores para ponerse a cultivar la huerta.

A lo lejos el paisaje es hoy tan hermoso como lo era entonces; la perversa mano del hombre, no ha alcanzado a modernizar el encanto de los amaneceres, llenos de alegría. Los primeros rayos del sol eran recibidos por aquellos hombres como un saludo de la madre patria y les recordaban que tras del otro mar estaban sus cariños esperándolos llenos de gloria y de fortuna. Las puestas de sol tienen crepúsculos extraños; más brillantes que en otros lugares; el brillo del celaje, caprichoso en figuras y en matices tiene reflejos de metal bruñido, y sus tonos rojizos, en la melancolía de las tardes solitarias, evocaban la sangre derramada en la conquista de aquella tierra, y la epopeya triunfal que cada uno llevaba dentro del alma. Al mediodía limita el horizonte la faja de cobalto de las montañas pequeñas y silenciosas, y al Norte las gigantescas moles de zafiro de los volcanes, coronados de nieve con reflejos de plata al amanecer de las noches glaciales, y, a veces, el fuego, lanzaba al aire su columna de

lava, de ondulaciones crecientes y sucesivas, que le recordaban el casco del capitán conquistador con su penacho victorioso mecido por el viento en el fragor de la lucha. Así nació Colima.

Bien pronto los colonos trajeron sus mujeres; tomaron por esposas a las nativas del país, o se unieron a españolas que llegaban con sus padres o hermanos, nuevos colonos que sucesivamente se fueron agregando a la naciente y creciente colectividad, y así se formaron los primeros hogares que comenzaron a vivir una vida patriarcal y encantadora; las mujeres en las casas entregadas a los trabajos domésticos durante el día, mientras los hombres, siempre en pié de guerra, se dedicaron al cultivo de la huerta primero, de la agricultura en general después, y al obscurecer volvían a casa, a tomar con la compañera de su vida el frugal alimento, y a sentarse a la puerta de la habitación propia o de los vecinos, para pasar una o dos horas de sabrosa y animada conversación, antes de entregarse al sueño.

A poco fué mandado como Alcalde Mayor D. Francisco Cortés, quien a nombre de su tío D. Hernando hizo los primeros repartimientos de las poblaciones indígenas entre los colonos y fué a conquistar las que aun no estaban sometidas, rumbo al Norte, hasta cerca de Autlán. Casi todos los pueblos se le sometieron de buen grado, y sólo hay que citar un combate muy sangriento precedido de un hermoso y heroico gesto de un capitán español, contestando a un acto de cobardía del sobrino del Conquistador. Sucedió que al bajar a un valle, descubrieron una gran población, la de Tintoque, y junto a ella un numerosísimo ejército, de más de 20,000 indios adornados con plumas y llevando en la mano una bandera y al verlos Cortés, según refiere el P. Tello, habló a sus capitanes del modo siguiente: "Señores y caballeros: paréceme que somos muy pocos para tanto enemigo y que para cada soldado hay más de mil indios; tengo por muy dudoso entrar y ganarles su pueblo, y si es cierto que nos han de acabar, mejor será que nos volvamos y no morir y acabar entre tanto enemigo." "Y oyendo estas palabras de un capitán que tantos y tan buenos caballeros y soldados tenía consigo, se afrentaron, y mirando unos a otros se rieron, aunque muy corridos de oír tal cobardía, y luego Ángel de Villafaña, valiente caballero, habló por todos diciendo: "Señor capitán: ¿ahora es tiem-

po de decir esas razones y desmayar? ¿Qué cosa es volver las espaldas a tan vil gente? ¡No muestra usted ser Cortés! Si quiere usted volverse, vuélvase, que por vida de Villafaña que han de decir: "aquí murieron peleando," y no han de decir: "aquí los mataron huyendo," y así usted se anima, que aquí hemos de acabar o vencer como valientes españoles. Usted se ponga con Dios, y pongamos orden en nuestro campo y armas, que es lo que hace al caso, y no se espante de ver tanta bandera, que son de viento; échense también banderas de nuestra parte, y sea luego."

Cortés atendió al consejo, dispuso su gente, se trabó el combate que fué rudo y sangriento, y al fin las armas españolas se cubrieron de gloria. Cortés de San Buenaventura fué unos meses Alcalde Mayor, y se volvió a Méjico a dar cuenta a su tío con lo descubierto y sometido, así como con los repartimientos que había hecho. Tal descripción hizo de aquellas tierras, que su fama creció hasta el punto de despertar los instintos de rapiña de Nuño de Guzmán, quien hizo una expedición de crueldad y bandolerismo por las provincias de Ávalos y por el territorio de Colima, espantable para aquella época; pero que ahora quedarían deslucidas por las hazañas de los descendientes morales de aquel personaje de infausta memoria.

Con D. Francisco Cortés de San Buenaventura, llegaron a Colima los primeros misioneros, los franciscanos Fr. Juan de Padilla y Fr. Miguel de Bolonia, que estuvieron en la Villa mientras estuvo Cortés, dieron las instrucciones necesarias para levantar una iglesia, y se vinieron a Méjico a informar que aquella merecía el establecimiento de un curato, que se estableció tan pronto como fué posible, encargándose de él el señor Presbítero D. Francisco Morales.

Posteriormente fueron a Colima otros franciscanos, entre ellos Fr. Honorato que fundó un convento cercano a la Villa, en un lugar que se llama actualmente Almolóyan, por estar muy cerca a otro que se llamaba Almolonia, y que es intermedio a Alomoloyan y a Villa de Álvarez. El objeto de fundar el convento fué el de ilustrar a los indios sobre la religión católica, y para ello convocaron a los naturales de los poblados cercanos. Se levantó un templo que fué destruido por un temblor, y cuyas rui-

nas pueden verse todavía. Este es uno de los hechos principales, quizá el más trascendental de la Historia de Colima. En el templo de San Francisco Almolóyan, o mejor dicho en el convento adjunto, nació la idea de congregar a los indios, y las primeras familias de éstos se agruparon en los alrededores de uno y otro, en donde, con las tierras para sus jacales, recibieron las primeras enseñanzas religiosas, y con éstas los primeros gérmenes de la civilización occidental.

Aunque el núcleo de españoles que fundaron Colima en el lugar que hoy está comenzó a desarrollarse y formar historia, ésta es insignificante, y toda se condensa en rezar y cultivar las huertas y los ganados. Pero lo que puede llamarse propiamente historia de un pueblo, comienza en Almolóyan: Allí se reunieron los indígenas al rededor de españoles; allí se unieron maritalmente algunos españoles a las indígenas y dieron origen a la población meztiza; allí se promovieron los primeros litigios por el uso de las aguas del Río de Colima, que Fr. Ángel Valencia solicitó del Virrey; allí fué donde se iniciaron las gestiones que dieron por resultado el nombramiento y visita del licenciado D. Lorenzo Lebrón de Quiñones, como visitador de la Nueva Galicia; allí se intentaron las primeras mediciones de terreno para dilucidar la jurisdicción de las aguas; Almolóyan descubre al historiógrafo el punto en que se fundó Colima, precisamente con la documentación del mencionado litigio, y si no fuera por él seguiríamos creyendo que el primer asiento de Colima fué cerca de Caleras, y que los zancudos arrojaron hacia el Norte a los primeros colonos; en Almolóyan fué donde los franciscanos pusieron su cuartel general para civilizar la parte occidental de la confederación chimalhuacana, y, finalmente, después de formada y desarrollada la población meztiza, fué en Almolóyan donde comenzaron las primeras conspiraciones en favor de la Independencia nacional.

Los pueblos indígenas de las regiones colimenses no tenían escritura, y sólo los monumentos de piedra nos hablan con su inmutable y silenciosa lengua, de la vida, la religión y el arte de los pueblos seminómadas y labradores. Pero tratándose de Almolóyan, podemos ver en la escritura nahoa este nombre: Almolonia, en el jeroglífico que representa el agua que gira. Por eso,

el símbolo de Colima, el escudo que lo representara, debería tener este jeroglífico, con las armas españolas. Equivocadamente se ha tomado como jeroglífico de Colima el de Acolman, y se ha dado la etimología de este lugar, por el de aquel. Repito que Colima quiere decir; lo que conquistaron nuestros abuelos, y que no es otra cosa que la contestación a la pregunta de los españoles: ¿qué lugar es éste? "el que conquistaron nuestros abuelos."

La ruinoso torre del templo de San Francisco Almolóyan es el máspreciado testigo de la edad del pasado en la región colimense; es el monumento más significativo de su historia. Cuando al atardecer dora el sol sus ulcerados muros y las malezas trapadas en sus grietas, presenta un paisaje de melancólica hermosura, y el alma pensativa de los que hemos pretendido hacer vivir en el libro el remoto pasado de las generaciones muertas, se entrega a hondas meditaciones. El templo ha caído y apenas tres murallones quedan lejos de la torre, señalando el paso por la vida de una población ondulante, primitiva y trabajadora que en ese lugar se reunía para reconcentrar su pensamiento y elevarlo hacia regiones desconocidas.

Lo atractivo del paisaje colimense que detuvo en su marcha a los conquistadores que fundaron la capital, la fecundidad de sus tierras, la abundancia de sus huertas, la variedad de sus flores, hicieron que muchas familias españolas fueran a radicarse en esa especie de paraíso que de no estar en América, debió estar en el Asia, en el fondo de la Mesopotamia, cabe las floridas márgenes del Trigris o del Eufrates y ser, en fin, el que soñó la parabólica fantasía hebrea para darlo de cuna a la humanidad. Por eso Colima bien pronto creció, y sólo la lejanía de la capital, y particularmente del puerto de Veracruz, entrada principal de la inmigración europea, hicieron que se mantuviera en una modesta medianía de población, capaz de darle las ventajas de la concurrencia, sin quitarle las que proporcionaba la naturaleza exhuberante y agreste.

Y mientras la Villa crecía en el lugar en que se fundó y en que está, con el nombre oficial de Santiago de los Caballeros, nombre que nunca tuvo popularidad, los frailes franciscanos agrupaban cerca de Almolonia al rededor de su convento, a los indígenas. Estos dos núcleos de población fueron los gérmenes

del hoy Estado de Colima. En uno y en otro, la religión fué base, fundamento y gérmen de la evolución social. En el primero porque sus miembros la traían en la sangre y en el pensamiento; en el segundo por el esfuerzo de los misioneros empeñados en cristianizar a los indígenas, y por la adhesión de estos al sayal miserable y tosco que era su consuelo, su protección y su amparo en la desolación rencorosa que anidó en sus almas de vencidos. Así que, como la población creciera, no sólo por la afluencia de colonos, sino también porque éstos simpatizaron con las indígenas de la región y se formaron idilios de amor al vaivén de la hamaca tendida a la sombra murmurante de los palmares, dos nuevas órdenes religiosas, la de los mercedarios y la de los juaninos, fueron a establecerse a la Villa de Colima, como se le ha llamado siempre, que vive una vida patriarcal y pintoresca, agreste y devota. El paisaje es siempre primaveral. Florones de palmeras elevan al cielo sus penachos de abanicos sollozantes. Árboles frutales de tupida fronda refrescan las márgenes del río de claras y murmurantes linfas que serpentean saltando guijas y formando estanques. Sobre éstos, los "baños" jacales de empalizada y hojas secas de plátano (banano), defienden las desnudeces vergonzantes de las miradas lujuriosas, y las carnes delicadas de los rayos directos de un sol tropical que inunda el ambiente de intensa luz y de calor sofocante. A un lado y otro del río, la modesta casa: amplio salón, extenso corrillo y anchuroso patio con florido y rústico jardín. A medio corrillo tendida la hamaca; en un extremo los aperos de labranza y el perro que duerme la siesta enervante; en el otro hacinados racimos de cocos, mangos, naranjas, mameyes . . . . . En el hogar chisporrotea la leña y mantiene la lumbre fuliginosa bajo el comal de barro en que la india lugareña cuece las tortillas para los amos criollos o meztizos. En la planicie que se extiende al lado izquierdo del río, las casas de más lujo, La Iglesia Parroquial, la Casa Consistorial, el templo y convento de los Mercedarios y las habitaciones de los vecinos principales. Al Noroeste, sobre montículos de escasa elevación que están a la margen derecha del río, el templo y convento de los franciscanos, y a su alrededor numerosos jacales de indígenas. En la parte boreal del horizonte las enormes mazas de zafiro de los volcanes.

Autoridades: la virreinal representada por el Alcalde Mayor; la popular por el Ayuntamiento, y la religiosa por los franciscanos y el Cura, hasta 1608; después también por los juaninos y los mercedarios, que llegaron en ese año.

Antes de la Independencia vive la Villa de Colima en agradable e indolente monotonía, dividiendo sus actividades entre el cuidado del campo y de la huerta, el rezo y las aparatosas festividades religiosas. Algunas veces la monotonía se interrumpe: un trueno extraño y formidable se escucha seguido de retumbos subterráneos; se estremece la tierra; algunas casas caen y se incendian; los habitantes salen a la calle presas del pánico, dirigiendo la mirada inquieta hacia el volcán de fuego que ostenta un majestuoso morrión de espesas nubes que crece y crece en ondulaciones sucesivas.

Erupciones volcánicas, temblores e incendios, son frecuentes. El temblor de 1609 aterrorizó a los habitantes más que otros, y por tal motivo se procedió a la elección de un santo tutelar de la Villa de Colima que la librara de estos fenómenos. Se reunió el Ayuntamiento para hacer una "rifa de santos". Iba a comenzar la sesión, cuando un franciscano se acercó al portero de la Casa Consistorial diciéndole que fuera con los regidores y les dijera que pusieran en las cédulas a San Felipe de Jesús (santo mejicano que fué franciscano), y si resultare electo, les sería buen patrono. El portero cumplió el encargo, se llegó sigilosamente a cada uno de los municipales y les pasó el recado del franciscano. Se verificó la rifa y por tres veces seguidas el triunfo fué de San Felipe de Jesús. Se buscó al franciscano que dió el consejo y no se le pudo encontrar; no fué alguno de los existentes en la villa. Alguien exclamó sorprendido: "El Santo en persona vino a ofrecer sus servicios a la población." Esta noticia corrió luego por todo el vecindario, cuya alegría y entusiasmo llegaron al delirio. Ayuntamiento y vecinos juraron solemnemente festejar cada año al santo con las ceremonias de su culto, y además con procesiones, carros alegóricos, iluminaciones, etc.

Sesenta años después se recibió en la Villa la primera imagen de San Felipe. El 1º de septiembre de 1668 todos los hombres se presentaron con sus arcabuces a las ocho de la mañana en las Casas Reales, donde los esperaba el Alcalde Mayor D.

Francisco Álvarez de Herrera. De allí partieron dirigidos por éste a recibir la imagen del santo que llevaron en procesión a una de las capillas de la parroquia, colocándola en su altar. Después hubo solemnes "vísperas", y por la noche la Villa presentaba un aspecto pintoresco con la iluminación de las casas por candiles de aceite, y las calles por luminarias movedizas de reflejos rojizos y fantásticos.

A medida que pasa el tiempo, los festejos aumentan y se complican: Nueve días antes del 5 de Febrero, se "sueltan las cajas y los pitos" quemando cuatro docenas de cohetes. La víspera se organiza un paseo público: El Ayuntamiento, la Compañía de Moros, la de Caballería Española y los vecinos, hombres, todos a caballo, se reúnen en la Casa Capitular. De allí pasan a la del "Capitán de Cristianos" en donde éste los espera acompañado del "Alférez de Moros", teniendo bajo un dosel dos estandartes con inscripciones bordadas, uno blanco significando el beneficio del patronato, y otro rojo significando el glorioso martirio de San Felipe de Jesús. Capitán y Alférez toma cada uno su estandarte y la comitiva se dirige a la Parroquia, deja los caballos afuera y pasa a las solemnes "vísperas." Terminadas éstas vuelven a montar a caballo y recorren en procesión las principales calles, regresando a la Casa Capitular, en donde dejan los estandartes a la exhibición pública hasta las diez de la noche. El día del Santo se forma otra vez la comitiva en la Casa Capitular; va a la iglesia, oye misa y se vuelven a dejar los estandartes, siendo luego obsequiada con nieve, refrescos, mamones, soletas. . . . Esto se repite los cuatro días siguientes: a nombre de los eclesiásticos, del Capitán de Cristianos, del Alférez de Moros, y de los pobres, respectivamente. El último día se verifica una rifa para elegir Capitán de Cristianos y Alférez de Moros para el año siguiente.

La Revolución de Independencia acabó con estas costumbres populares.

La noticia de esta convulsión social iniciada en el pueblo de Dolores por el que pocos años antes había sido cura de la parroquia de Colima, llegó a esta población por conducto de las mismas autoridades. El Intendente de Guadalajara D. Roque Abarca mandó publicar un bando en esa ciudad y ordenó a las auto-

ridades de todas las poblaciones de la Intendencia, que hicieran lo mismo, por lo que el Subdelegado de Colima, (lo que era Alcalde Mayor antes), mandó fijar en los lugares públicos el citado bando, además de darlo a conocer por medio de lecturas a grito abierto en las principales calles, según era y es costumbre, en aquel lugar y aquellos tiempos necesaria, por falta de prensa.

El bando decía que habían llegado al país emisarios de Napoleón que pretendían dividir a los americanos para dominarlos fácilmente, y, por tanto, era obligación del que supiera que se encontraban forasteros en algunas de las poblaciones de la Intendencia, denunciarlos, por lo que recibirían doscientos pesos de gratificación, y si los escondían sufrirían diez años de prisión. Por otra parte, también se recibieron órdenes de vigilar mesones y parajes públicos con un espionaje intenso, lo que cumplió religiosamente el Subdelegado D. Juan Linares, protegido de Abarca.

Aquellos pacíficos habitantes fueron sorprendidos por esas alarmantes noticias, y echaron a volar la fantasía, tan fecunda en aquella tierra toda fecundidad. Y de la fantasía se pasó a la acción. En Almoloyan (antes Almolonia) se supo que habían pasado por Juchitán tres individuos que parecían ultramarinos . . . ¡ de seguro los emisarios de Napoleón! Como se convocara a cabildo, antes de la sesión platicaban el cura de Almoloyan D. Isidoro Reynoso, el capellán D. José Antonio Díaz y el señor Manuel Ruiz, indio vecino de Almoloyan, y como el P. Díaz manifestara que ya había guerra en lejanos lugares a la villa y que los enemigos habían hecho grandes atrocidades, contestó Ruiz:

—Esto ya lo había oído yo a otras personas, por lo que creo que estamos en grande peligro.

—Ciertamente, replicó el P. Díaz.

—Entonces, insistió Ruiz, sería bueno avisar a los demás pueblos a fin de que estén prevenidos, y nos unamos para la mutua defensa; pues si llegare el caso de algún asalto, todos podemos defendernos; pero no, si estamos aislados.

—Muy bien me parece ese aviso, agregó el P. Díaz, y en todo caso es bueno dar cuenta de cualquier cosa que se haga al señor Subdelegado, o a su cura para tomar las providencias que sean necesarias.

Entraron a cabildo en donde se trataron los asuntos relativos al servicio de la Iglesia, y a la salida, se volvieron a formar corrillos.

Después de acalorada discusión, triunfó la opinión de Ruiz, de carácter vivo, fogoso y activo, y se mandó una cita a los alcaldes de los pueblos para que concurrieran a una junta, sin decir el objeto ni el motivo, ni avisar al Subdelegado. El enviado a Juluapan, en vez de entregar la cita al alcalde, la entregó al Teniente que hacía las veces del Subdelegado. El Teniente lo entregó al Alcalde y, luego que la hubo leído, le preguntó el Teniente al Alcalde: ¿Qué piensa usted hacer? . . . . . — Concurrir, contestó el Alcalde. . . . . A lo que replicó el Teniente: "Pues hará usted muy mal." "Lo que debe hacer es participarlo inmediatamente al Subdelegado".

Lo anterior pasaba a eso de las dos de la tarde; el Alcalde se vió obligado a mandar el aviso al Subdelegado, con un propio que llegó a Colima al obscurecer. Entre tanto, Ruiz y otras varias personas, después de cenar, fueron a "hacer ronda", para vigilar la población. Y en la ronda andaban, cuando fueron aprehendidos por orden del Subdelegado. Aunque fué corta la prisión, se necesitó la intervención del señor cura Reynoso para que salieran los de la ronda, el Alcalde de San Francisco y varios vecinos.

Los días que siguieron fueron de alarmas, juntas, medidas precautorias, espionajes, fabricación de lanzas que se mandaron hacer a Tecalitlán, destrucción de campanas para hacer cañones, etc. etc.

Por fin el triunfo de Torres en las playas de Zacoalco, dió lugar a que destacara sobre Colima un grupo de insurgentes al mando de su hijo del mismo nombre, y de Rafael Arteaga, que llegaron a Colima el 8 de octubre, tomándola sin resistencia, pues unos exploradores que habían mandado los de Colima, habían vuelto poco antes dando la noticia, no sólo de los avances de la revolución, sino también de que ésta iba capitaneada por el señor cura Hidalgo, a quien bien recordaban en Colima.

Por desgracia, los insurgentes se portaron como unos verdaderos bandidos, especialmente Arteaga que se quedó mandando en Jefe, mientras Torres volvía a Guadalajara, llevándose

gran número de españoles aprehendidos, algunos de los cuales fueron de los mandados degollar por Hidalgo. No siéndolo todos por haberlos librado la intercesión del señor cura Ramírez que había sido cura de Almoloyan y que desde un principio se manifestó partidario de la independencia, y fué a Guadalajara con una comisión oficial, y la particular de las familias de interceder por los presos. Entre tanto, en Colima Arteaga ordenaba que nadie saliera después de las ocho de la noche bajo pena de muerte, entregándose a los saqueos. Se aprovecharon de maíz, arroz, algodón, etc., y se entregaron a todo género de atropellos. Grandes dolores sufrió Colima en esa época, y por largo tiempo estuvo entre el vaivén de insurgentes y realistas, y los habitantes no sabían a qué atenerse. Era santo el ideal de la independencia, pero la conducta de los insurgentes no se compadecía con la belleza del ideal. Cuando el señor Cura Hidalgo, en Guadalajara, se dió cuenta de la situación de Colima, publicó un bando reprobando los desmanes que se cometían a la sombra de la bendita causa de la independencia.

Por desgracia nada más se hizo, sino quitar el encargo de depositario de bienes de europeos que tenía D. Martín Anguiano, cuya honorabilidad era coto a los desmanes, y darlo al señor cura Ramírez, dejando al señor Anguiano "su conducta y honor a salvo." El señor cura Ramírez, por lo demás, desempeñó bien su cometido, ya que era partidario de la independencia y también, como Anguiano, persona honorable.

Luego se organizó el gobierno insurgente, y como la población era pequeña, no se pudo hacer sino cambiar nombramientos entre los mismos que antes eran realistas, que pasaban a ser insurgentes con otro encargo.

El capitán realista José de la Cruz pasó a pacificar al Sur de la Nueva Galicia, con orden de no perdonar la vida a ningún rebelde, "sea de la clase y condición que fuere." Porlier, después del sangriento triunfo contra los heroicos hermanos Francisco y Gordiano Guzmán en la cuesta de Zapotlán, y el lego Gallaga (3 de marzo) mandó a Colima, al Ayuntamiento, una convocatoria para que se acogieran al indulto. Y como en Colima carecieran de las fuerzas suficientes para repeler el ataque, se acogieron a la convocatoria, por lo que el coronel del Río, mandando por Porlier

a recuperar Colima, no encontró resistencia, librándose la población de las órdenes sanguinarias de Cruz. El 13 de marzo entró del Río a Colima, y, aunque no persiguió al Ayuntamiento por haberse sometido de antemano, sí ordenó algunas confiscaciones, entre otras, la de los bienes del P. José Antonio Díaz que, cuando el desastre de Calderón, había ido a San Blas a conseguir cañones para los insurgentes. Estos, derrotados en la cuesta de Zapotlán, se diseminan por su territorio, el de Colima, Sayula, Atoyac, etc., y no desmayan a pesar de sus fracasos, sino que, divididos en guerrillas, continúan conservando el rescoldo de la lucha en estas regiones, mientras que en otras se apagaba completamente y en pocas resplandecía con nuevos vigos. Era la lucha de destrucción; el incendio de los combustibles antropológicos creados por la mezcla de las razas que habían recibido la chispa de la idea libertadora, y ese incendio se extendía o retrocedía, se avivaba o extinguía, según las circunstancias y las variadas condiciones del momento.

Entretanto, los caudillos principales de la insurrección seguían un éxodo doloroso hacia el cadalso, al que se dirigieron como empujados por la mano invisible de la fatalidad, después del desastre de Calderón. La noticia de la prisión y fusilamiento de Hidalgo y sus compañeros de heroísmo y de infortunio, fué publicada por bando en Colima. A pesar de esto, el Subdelegado D. José Sebastián Sánchez estaba intranquilo; le quitaba el sueño el presbítero D. José Antonio Díaz que francamente había dejado la sotana y capitaneaba una partida de insurgentes, por lo que ponía oficios a Guadalajara, al Ayuntamiento y al clero de Colima, a quien juzgaba partidario de la independencia (y lo era.) La parte criolla de Colima veía todas estas alharacas del Subdelegado y se adhería silenciosamente a la causa de la independencia. Le estaba pasando poco a poco la mala impresión causada por los atropellos cometidos por los primeros insurgentes, en especial por Arteaga, y había meditado un poco sobre la causa que debería defender, y la buena o mala conducta de sus defensores. En estos razonamientos ayudaba mucho el clero, quien con toda prudencia daba sus opiniones veladas hasta donde le era posible. Esto lo sospechaba el quisquilloso Subdelegado, y ordenó al señor cura D. Felipe Islas, anciano que substituyó al

señor cura Hidalgo en la parroquia de Colima, para que suspendiera actos religiosos del culto. Islas obedeció silenciosamente. A pesar de esto, el Subdelegado acusó al clero de Colima de ser partidario de la insurrección; pero no pudo concretar cargos.

La transformación mental de Colima se ve claramente en: la actitud reservada del clero, la franca del pueblo bajo que expresaba públicamente sus simpatías, la indolencia para formar cuerpos de tropas que fueran a combatir a los insurgentes y la constantes deserciones de las que lograron reunir y mandar a vigilar la barranca de Atenquique, el paso de Eriza, Taxinaxtla y demás puntos cercanos a Colima. Hubo comandante, D. José Manuel Bazabilvazo, que de la barranca de Atenquique se volviera y llegara a Colima cuando menos lo esperaban, porque se le desertó toda la fuerza que mandaba. Mientras las fuerzas realistas se disciplaban como por encanto, crecían rápidamente las insurrectas.

Los insurgentes tomaron tres veces Colima, la primera por falta de guarnición en la Villa, la tuvieron diez días, tomaron provisiones y se retiraron al acercarse las fuerzas de D. Manuel del Río; después la tomaron dos veces en sangrientos combates, siéndoles quitada otras tantas. Y siguieron las guerrillas incansables, a pesar de las derrotas. Entretanto la Villa quedó por algún tiempo en calma, bajo las autoridades realistas.

El 28 de abril de 1813 se recibió un ejemplar de la Constitución Española de 1812 con orden de publicarla y prestarle juramento, lo que se verificó el 11 de julio, con grandes y jubilosos fiestas.

Si la villa se mantenía en relativa tranquilidad, no sucedía lo mismo en sus alrededores; las guerrillas fueron incansables, lo mismo que sus perseguidores, y así se pasa todo el tiempo en que, a lo lejos, desarrollaban sus epopeyas y terminaban en el martirio el señor cura don José María Morelos y el español don Francisco Javier Mina, hasta llegar al abrazo de Acatepan en que se consuma la Independencia.

Colima, reflejo de los movimientos políticos de la capital, así como festejó por instrucciones recibidas, la proclamación de la Constitución de 1812, festejó también al emperador Iturbide.

Las costumbres sociales se habían modificado un tanto du-

rante las luchas por la independencia; pero conseguida ésta, aquellas terminaron y apenas si turbaba la paz algún ligero trastorno ocasionado por la tiranía de las autoridades, con frecuencia representadas por personas extrañas a la población, faltas de afecto para ella y sólo interesadas en el aprovechamiento de las ventajas que presentaba su fecundo suelo, la ingenuidad de sus habitantes y la vida patriarcal de la colectividad. Esas autoridades cambiaban de nombre, como cambiaba el territorio; cuando éste, en 1824, se llamó Territorio, el Subdelegado se llamó Jefe Político; en 1837 fué Distrito del Departamento de Michoacán, para volver a ser territorio en 1846, hasta 1857 en que llegó a la categoría de Estado.

Este acontecimiento puso a Colima en grande zozobra, porque ya se había vuelto a acostumbrar a su pacífica vida, religiosa y ranchera, laboriosa y tranquila. Las salinas eran una mina de dinero; tan fecundas las sementeras de algodón, que facilitaron el establecimiento de tres fábricas de hilados y tejidos: la Armonía, San Cayetano y la Atrevida, productores de mantas de primera calidad; el cacao y el café y sobre todo el frijol y el maíz, alimentaban a esta población patriarcal, y a otras muchas que se debatían en las violentas convulsiones de la encarnizada lucha de los partidos liberal y conservador. El convertirse Colima en Estado, presentó la seria dificultad de la elección de Gobernador. Las ambiciones comenzaron a erguir sus cabezas de serpiente, enroscándose en camarillas con sus candidatos, y el recuerdo de las pasadas luchas sopló un hálito de intranquilidad y de angustia sobre las almas. Algunas hubieran preferido que la serenidad de su terruño permaneciera inalterable, aunque no subiera la categoría de aquel, que de seguro tendría que costar más sangre. Los vividores del río revuelto se frotaban las manos henchidos de satisfacción; los menos sentían el goce íntimo por el triunfo de los principios liberales, y no pocos la amargura de la derrota del partido conservador. Este ambiente moral lleno de presagios funestos, pareció serenarse con la iniciativa lanzada por los más ecuánimes, de que se diera la gubernatura al en esos momentos Jefe Político, Sr. D, Manuel Álvarez, que se había captado las simpatías de la población. Un aplauso unánime respondió a la iniciativa, y con calurosa ovación fué reci-

bido el nombramiento que el Gobierno Federal hizo en favor del Sr. Alvarez, como Gobernador provisional, entre tanto se procedía a la elección definitiva. Ésta no se dejó esperar mucho, y como estaba ya trazado el camino de la tranquilidad y de las garantías, el mismo Sr. Álvarez resultó electo Gobernador Constitucional del nuevo Estado.

Con buenos auspicios pareció comenzar su vida la naciente entidad federativa; pero los rescoldos de la ambición y la envidia de los fracasados calentaban las audacias rebeldes y preparaban acontecimientos de tragedia. La rebeldía del partido conservador tuvo su resonancia sangrienta en la capital del nuevo Estado a fines de agosto de 1857. Los principios conservadores no fueron la causa, pero sí el pretexto para desarrollar un motín con centro político y márgenes de pillaje y de bandolerismo.

El 26 de agosto el día amaneció nublado, presagiando tormenta. Esta no tardó en desatarse, como si el cielo quisiera desarrollar el primer acto del drama. Llovió toda la mañana, y a eso del medio día cesó la tormenta, continuando una menuda llovizna de melancólica monotonía. Era la calma que precede al desastre.

Entre tanto la lluvia inundaba la ciudad, dos capitanes, Mariano Véjar y José G. Rubio promovían un movimiento rebelde, con el pretexto de secundar el del partido conservador que agitaba otras regiones de la República. Sublevaron la guardia del Hospital y se pusieron de acuerdo con los jefes del Batallón Comonfort. El Gobernador salió de Palacio a la una de la tarde y se dirigió tranquilamente a su casa habitación, situada en las hoy calles de la República y 5 de Mayo, y poco después se sentó a la mesa, en unión de su familia.

Eran las dos de la tarde que seguía lluviosa y tristona anunciando tragedia, cuando se escuchó un disparo de arma de fuego y momentos después se presentaron en casa del Gobernador varias personas participándole que se había sublevado la Guardia del Hospital, atacando al Batallón Comonfort que se rindió sin resistencia (como que sus jefes estaban de acuerdo), e indicándole que bastaría su sola presencia para sofocar el motín. El Sr. Álvarez, cediendo a estas instancias, mandó ensillar su caballo y citar a los empleados de la aduana, oficina que estaba cerca de

su casa, a una cuadra, por la calle de la República. Los empleados acudieron al llamado más a fuerzas que voluntarios, armados con lo que a mano tuvieron, se unieron al Gobernador y se dispusieron a salir al encuentro de los amotinados.

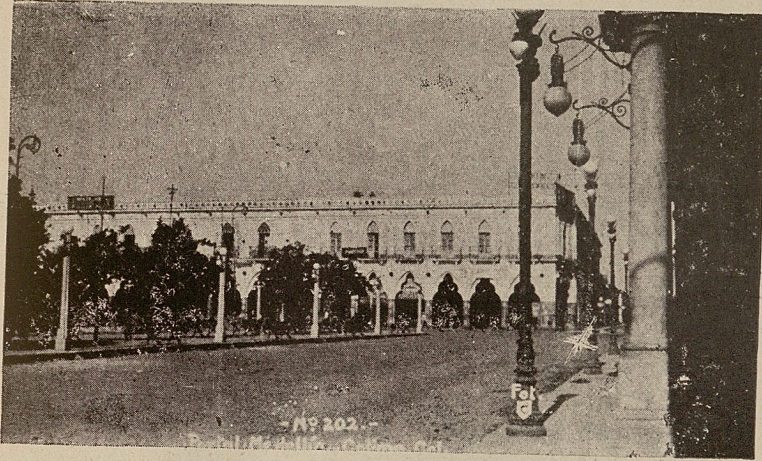
Estos, por su parte, llegaron a la Plaza de la Libertad y se tendieron en tiradores frente al Portal "Brizuela", en tanto que algunos se dirigieron a la cárcel y dieron libertad a cerca de cien criminales que se distribuyeron por la población cometiendo tropelías al amparo del trastorno ocasionado por el motín.

El Gobernador y sus acompañantes se dirigieron por la calle de la República a la Plaza, mas apenas entraban a ésta por la esquina Noroeste, cuando sonó una descarga y cayó en tierra el Gobernador cerca del extremo occidental del hoy "Portal Medellín." Los acompañantes se desbandaron rápidamente. Una "bala de onza" atravesó el pecho del Sr. Álvarez, cuyo cadáver quedó a media calle inundada por el agua de la lluvia, que lamía la sangre de la herida y la arrastraba corriente abajo.

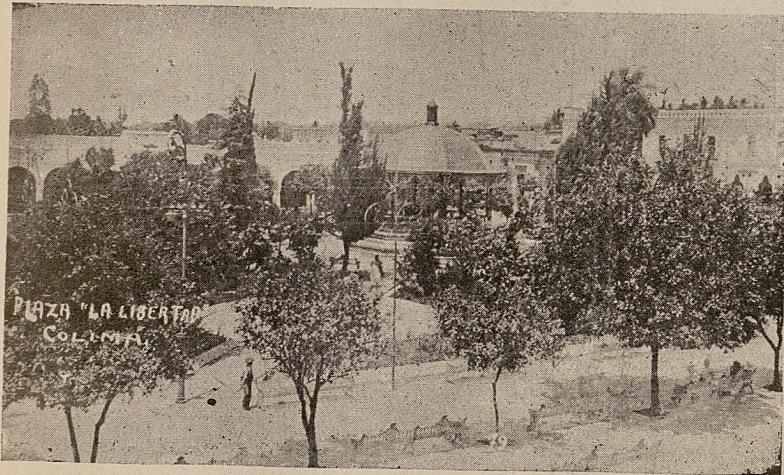
Siguieron las escenas de pillaje provocadas por los criminales excarcelados, y la sociedad clamaba justicia y garantías. Estas fueron dadas por el Sr. coronel D. José Washinton de Velasco que a la sazón se encontraba en Colima, desterrado por ser adicto al partido conservador, y que con grande voluntad y desinteresado patriotismo se prestó a hacerse cargo de la difícil situación que pudo dominar pronto, restableciendo el orden y las garantías. Los promotores del motín fueron aprehendidos y al tercer día fusilados por detrás, en el "pié de gallo" según era uso y costumbre en aquella época.

El Sr. Álvarez que como Jefe Político se había hecho acreedor a las simpatías de los colimenses, fué hondamente sentido, y su recuerdo aun está vivo en los escasos supervivientes de aquellos días funestos.

El Gobierno General nombró Gobernador provisional al Sr. Gral. D. Silverio Nuñez, y de aquí en adelante todos los gobernadores del Estado, hasta la fecha, han sido impuestos, ya directamente, ya mediante simulacro de elecciones. Algunos han dejado buenos recuerdos, como el Gral. D. Miguel Contreras Medellín que construyó el portal que lleva su nombre, el Sr. D. Francisco Santa Cruz que construyó el único teatro que hay en



Portal Medellín. (x) Lugar correspondiente al en que cayó herido de muerte, en el extremo opuesto, el primer Gobernador.



Plaza "La Libertad." Colima.

la ciudad, en el lugar mismo en que tuviera su casa habitación el Sr. Cura D. Miguel Hidalgo, y el Lic. D. Enrique O. de la Madrid que construyó el mercado principal en la plazuela del Dulce Nombre de Jesús. Mas en general, para aquel paraíso, la política ha sido la serpiente infernal que se ha enroscado al árbol de su vida; prodigando a sus habitantes manzanas de discordia.

No fué el Sr. Álvarez el único Gobernador que dejó recuerdo sangriento nimbado de aureola de simpatía. Hubo otros como don Filomeno Bravo que fué muy querido y, en virtud del triunfo del Plan de Tuxtepec, tuvo que dejar el Gobierno en manos del Gral. D. Doroteo López. Una cantina y un barrio de la ciudad reciben el nombre popular de "30 de Junio" fecha doblemente sangrienta.

Retirados a la vida privada D. Filomeno Bravo y sus partidarios, eran vistos con ese rencor ilógico de los provincianos hacia el caído. Un día en que aquel y algunos de sus amigos se encontraban divirtiendo el ocio en un casino, turbaron su divertimento las cuchufletas de algunos adversarios que a la sazón se encontraban allí, y entre otras la de que "los bravos resultaron demasiado mansos." don Filomeno, prudentemente, se retiró con sus amigos del casino, y se fué a su casa, tratando de evitar fricciones que pudieran ser funestas. Pero los adversarios, unidos y capitaneados por el Lic. D. Francisco Trejo, político de los más influyentes, se presentaron en la tarde de ese día *30 de Junio* de 1878, día de elecciones de diputados, fiestas con carros alegóricos, embriaguez y desorden, frente a la casa del Sr. Bravo, y a guisa de manifestación popular, le lanzaban acusaciones de sedicioso, atacaron a sus sirvientes e intentaron penetrar a la casa. Los sirvientes rechazaron la agresión, quedando muerto el asistente de Bravo, Filomeno Torres, y resultando muertos y heridos entre los adversarios. Entretanto Bravo pasaba, por las azoteas, a la casa del cónsul alemán don Cristián Flor, para refugiarse en ella; pero el cónsul se opuso; entonces el fugitivo pasó al Consulado Americano. El cónsul, don Augusto Morrill, no se encontraba allí, pero su esposa, a quien todo el mundo trataba con cariñoso respeto de "Doña Camilita", lo recibió diciéndole que el pabellón americano lo protegía.

Advertidos los asaltantes del lugar a que había pasado el

Sr. Bravo, intentaron penetrar al consulado, pero, dice la tradición, doña Camilita tendió el pabellón de las barras y las estrellas frente al cancel diciéndoles: "Pasen si pueden." Los amotinados retrocedieron.

El gobierno del Gral. López, ya por creer en la sedición, ya por hacer investigaciones respecto de los muertos y heridos en la refriega, ordenó la prisión de Bravo quien, por especial consideración, no fué internado en la cárcel, sino llevado a la casa del Sr. coronel D. Mariano Ruiz, cuya familia estaba ausente. Algunos días después los amigos de D. Filomeno intentaron hacer una horadación en el muro, para proteger la fuga, por la casa del Lic. D. Trinidad Padilla, muy amigo de Bravo. Ya éste escuchaba los barretazos, cuando sus amigos, impacientes, se presentaron un día, a eso de los nueve de la noche, frente a la casa, dispuestos a sacarlo por la fuerza. Entre ellos se recuerdan los siguientes: Jesús Torres (hermano del asistente de Bravo), Ignacio Gamiochipi, Miguel Ahumada (después gobernador de Chihuahua y de Jalisco), Isabel Lagos e Inocencio Figueroa, hombres de armas, valientes y resueltos. Atacaron a la guardia, penetraron a la prisión y sacaron a Bravo, llevándolo al Jardín Núñez (entonces Plaza Nueva), en donde habían dejado buenos caballos ensillados, y a escape, como centauros en fantástica fuga, salieron de la ciudad. . . . .

Los fugitivos pasaron por Coquimatlán y la Magdalena donde se les unieron muchos partidarios, formando una fuerte escolta que se dirigió a "El Mamey", permaneciendo a la defensiva. El Gobierno Federal destacó en su persecución fuerzas pertenecientes al regimiento del coronel Plata, por lo que las llamaban de "los plateados." D. Filomeno Bravo, enfermo de reumatismo, sintió que sus males se agravaban con las noches a la intemperie, y prefirió entregarse a sus perseguidores, rogando a sus amigos se pusieran a salvo, lo que consiguió con grande dificultad, pues se resistían a abandonarlo. Se quedó solo, en el campo, al pie de una enorme roca. Allí lo encontró el oficial que iba como avanzada de los perseguidores, quien se llegó a él preguntándole: ¿No sabe Ud. en dónde andan los rebeldes que capitanea Filomeno Bravo? A lo que éste contestó: "Yo soy Filomeno Bravo." Y luego, con su fácil palabra, habló largo rato al

oficial, captándose su simpatía. En esto llegan los demás, y entre éstos un sargento apodado "Capacete", que al ver a Bravo dijo señalándolo: "Este es Filomeno Bravo." Este replicó: "Yo mismo lo he dicho; sólo me faltaba ver cómo agradeces que te haya salvado dos veces la vida" (En efecto, ese sargento estuvo en dos ocasiones a punto de ser fusilado, y Bravo le salvó). Luego el oficial dijo a su jefe: "Hombres como éste no deben morir." Pero el jefe de los perseguidores no atendió a razones y lo mandó fusilar inmediatamente. Su cuerpo ensangrentado quedó bajo la arena junto a la roca enorme y solitaria... Sus amigos juraron venganza.....

Dos años después, *el 30 de Junio* de 1880, la casualidad reunió en una cantina, entre una y dos de la tarde, a Juan Nepomuceno Santa Ana, Miguel García Topete, Ignacio Gamiochipi, Isabel Lagos y algunos otros amigos de don Filomeno Bravo. Todos recordaron la fecha siniestra; Gamiochipi y Lagos el juramento de venganza. Salieron éstos; se dirigieron a la casa del Lic. Trejo situada frente al hoy Teatro Hidalgo. Trejo se encontraba en el pasillo, en camisa, esperando su hora de comer. Entró Lagos manifestando deseo de hablarle; los tres pasaron a la sala; la mujer de Trejo se introdujo también sospechando algo grave. Gamiochipi le dijo al entrar: "Venimos por tu vida." Lagos atrancó la puerta por dentro. Hubo palabras ofensivas, lucha cuerpo a cuerpo, dos disparos; la mujer echó abajo la tranca de la puerta; luego otro disparo; sale Lagos precipitadamente; unos minutos más de lucha entre la mujer y los hombres, y, por fin sale Gamiochipi. Quedó tirado en el suelo el cuerpo ensangrentado del Lic. Trejo con dos balas en el abdomen y una en la cabeza....

La tragedia sangrienta de un 30 de Junio, tuvo su sangrienta venganza otro 30 de Junio.

Como si estos males no bastaran, poco después, en 1883, la epidemia de la fiebre amarilla vino a sembrar el luto y la desolación en la en otros tiempos alegre ciudad, dejando por muchos años un recuerdo siniestro en las memorias atormentadas. Todavía en 1885 se veía vagar por las calles a un pordiosero de rara costumbre y de más rara fisonomía. Nada tenía de particular la miseria de sus andrajos; pero su semblante amarillento y

enjuto, su mirada incierta y sus ojos enormemente abiertos y azorados, como si dentro del alma llevara un terror comprimido y constante, le daban un aspecto extraño, cadavérico y espantable como habitante de tumba. El infeliz paseaba su fantástica visión de pesadilla por las calles de la ciudad, recordando a los vecinos su historia breve y terrible, condensación de innumerables tragedias de dolor y de angustia que poco tiempo antes martirizaban a las familias. Más que mendigo, parecía un idiota. Su inteligencia había huído al desarrollarse el drama mudo y solitario de una situación suprema. Se presentaba a las casas de la población, la vista baja, las manos juntas sobre el vientre en actitud religiosa, y con voz de tartamudo rezaba la oración llamada "Magnífica." Nada más. Las familias sabían que ese era su modo de implorar la caridad, y le obsequiaban algunos alimentos que recibía silenciosamente y se retiraba. Así pasó algunos años Paulino Zapopa, cuya dolorosa situación era la consecuencia de la no menos dolorosa causada en las poblaciones costeñas por el huracán de la muerte que, con el nombre de "fiebre amarilla", sopló sobre el litoral del Pacífico.

En 1883 la fatalidad reunió al Arte y a la epidemia que llegaron al puerto de Manzanillo en el monótono, grave y majestuoso oleaje. Una compañía de cantantes a cuya cabeza estaba la eminente Ángela Peralta, viajaba en el mismo barco que un enfermo del entonces ignorado mal. Se dejó al enfermo en Manzanillo, temiendo instintivamente el contagio de aquella rara enfermedad. Por desgracia ya algunos pasajeros estaban inoculados, y cuando llegaron a Mazatlán, la epidemia se desarrolló con gran rapidez, envolviendo en la sombra eterna a la estrella del Arte y a toda su compañía.

El enfermo que quedó en Manzanillo sembró el germen malféfico en el puerto, de donde pasó a varias poblaciones, hasta llegar a la ciudad de Colima, en la que se desarrollaron escenas de dolor y de espanto. La enfermedad era extraña, desconocida para todos, y el terror se apoderó de las conciencias. Las autoridades sintieron el vértigo de la locura que las empujó a dar disposiciones arbitrarias e inhumanas, anhelantes de contener el avance del siniestro contagio, y, entre otras, la de que inmediatamente que muriera una persona fuera recogido su cadáver,

llevado al panteón y sepultado. Esta disposición era cumplida con todo el rigor y exactitud que aconseja el miedo, por personas que no tenían más conocimientos médicos que los de un vulgo ignorante y enloquecido, y que no esperaban más aviso, que el lamento de los deudos. Marchaban los agentes mortuorios por las solitarias calles de la ciudad, y al escuchar el ruido del carretón en que conducían, hacinados, los cadáveres, temblaban las familias, sofocaban sus sollozos, dominaban su duelo, y con fingida indiferencia en el semblante, se asomaban a la puerta, como impulsadas por la curiosidad, para alejar toda sospecha de tener enfermo o difunto en casa. Los médicos . . . . . los médicos nada podían hacer en el delirio de aquella situación, y con soberana injusticia fueron vistos como los acólitos de la muerte; se les suponía encagados de matar a los enfermos para matar la enfermedad. Se les aplicó la conseja del perrito: una familia llamó a un médico que atendiera a un enfermo; aquel recetó una bebida; la familia la dió a un perrito, y no al enfermo. El perrito murió algunas horas después. Al día siguiente, muy temprano, se presentó el fúnebre carretón, asegurando sus conductores que debería haber un cadáver en la casa. Se les presentó el del perrito . . . ¡prueba contundente de que los médicos mataban antes que curar, y se huía de ellos más que de la fiebre! De ahí que ésta seguía haciendo estragos en aquella población delirante.

Por desgracia los enfermos presentaban algunas veces aspectos de muerte. Un amigo mío a quien conocí mucho después, víctima de la fiebre, sufrió un síncope. La familia, creyendo en su fallecimiento, lo ocultó cuidadosamente para tener el consuelo de velarlo. Se le tendió a medio salón, en cuyos ángulos se encendieron velas de cera, se mandó traer la caja mortuoria y las buenas gentes se disponían a rezar, cuando el supuesto difunto abrió los ojos, lanzó un quejido y se incorporó en el lecho. De los presentes, unos se asustaron y huyeron, otros se mortificaron y acudieron a atender al enfermo, apagaron las luces y desvanecieron todo detalle de velorio. El enfermo se curó. Le conocí muchos años después de haber escapado de la muerte por la fiebre y por la ignorancia rigurosa y siniestra de los vigilantes, que lo hubieran sepultado vivo. No todos estuvieron en el mismo caso, y cuando las familias no pudieron ocultar los lamen-

tos, apenas espiraba el enfermo real o aparentemente, los vasallos de la muerte se apoderaban de él, y sin que valieran súplicas ni protestas, lo llevaban al panteón y lo sepultaban. Muchos fueron vivos al sepulcro. Esto aumentaba el terror de los habitantes.

Un día fueron tantos los cadáveres que llevaron al panteón, que llegó la noche y los enterradores dejaron varios insepultos. Cuando a la mañana siguiente se presentaron a continuar su fúnebre tarea, Paulino Zapopa, que fué llevado entre los cadáveres, se encontraba sentado entre ellos, con la razón perdida, y en el semblante la expresión de terror que conservó toda su vida. Al verlo huyeron los sepultureros; mas repuestos de la sorpresa, tomaron en cuenta la inculpación que les hacía el público de enterrar enfermos vivos, y volvieron acercándose lentamente a Zapopa que escapó de la muerte gracias a que las sombras de la noche lo protegieron, interrumpiendo el sepelio. El resucitado sanó de la fiebre, pero no de la indioñez y el espanto que exhibía después por las calles de Colima presentándose a las casas, rezando la "Magnífica" y recibiendo la limosna que le daba la piedad de las gentes, con la que vivió algunos años como testimonio ambulante de los estragos causados en la costa del Pacífico por la terrible epidemia. Esta, con la precipitación de vidas en la fosa, rompió el pintoresco ceremonial de la muerte, que en otros tiempos turbaba la serenidad de un ambiente monótono y enervante, en que hasta el viento sentía pereza de moverse: El calor siempre intenso; en la hamaca tendida entre dos postes que sostienen el amplio corredor de la casa, caldeado por el sol, el hombre dormita. La mujer, bañada en sudor, en la cocina, que es un horno, fabrica tortillas y prepara el alimento. Las calles están solitarias y silenciosas. De vez en cuando el silencio se interrumpe por el grito de un vendedor de fruta o de nieve fabricada con hielo traído del volcán a lomo de mula.

De pronto se escucha el sonido lejano, persistente y cada vez más cercano de una campanilla. Es la campanilla de Simón Borrego que anuncia una defunción. ¿Quién será el muerto? El hombre sacude su pereza, abandona la hamaca y se asoma a la calle. En todas las puertas hay hombres y mujeres esperando que se acerque Simón Borrego quien, sin interrumpir sus cam-

panillazos, va diciendo a los que le preguntan, el nombre de la persona que acaba de morir.—¿Quién se murió, Simón Borrego?—Fulano de Tal . . Siempre la misma pregunta; siempre la misma contestación.

Este es el segundo esbozo de la prensa periódica, como fué el primero el pregón que en las esquinas anunciaba las disposiciones oficiales. Simón Borrego fué, en Colima, el último representante que tuvo ese "Boletín ambulante de la muerte," tipo social que ha desaparecido en absoluto con el progreso. Este personaje, agregado a la sacristía, era un periódico viviente y gratuito encargado de anunciar las defunciones. El ceremonial de éstas era aparatoso, terrorífico y contradictorio. Apenas comienza la gravedad del enfermo, se redacta el testamento que comienza con estas palabras:

"En el nombre del infinito Dios nuestro señor, hacedor del cielo y de la tierra y de todas las cosas que en el mundo son, de quien y por quien son todas las cosas creadas en el mundo, que vive sin comienzo y reina sin fin, y de la bienaventurada Virgen María nuestra señora, su bendita Madre a quien todos los pecadores tenemos por abogada en todos nuestros hechos, quiero que sepan todos cuantos esta carta de testamento vieren, como yo (Fulano de Tal), vecino que soy de esta Villa de Colima. . . .

Primeramente mando mi ánima a Dios que la hizo y redimió por su preciosa sangre, halla mérito de ella, y el cuerpo a la tierra de la que fue formado.

Item. Mando que si Dios fuese servido de llevarme de esta presente vida, mi cuerpo sea sepultado en. . . . . etc., etc."

Hecho el testamento el enfermo se confiesa, recibe el Viático y espera con resignación la muerte. Cuando ésta se acerca, están presentes los familiares y el sacerdote que "ayuda a bien morir." Al comenzar la agonía, todos se rodean del lecho del moribundo, pendientes de su semblante, y el sacerdote, o a falta de él alguno de los familiares o vecinos, comienza a rezar: "Sal alma cristiana de este mundo, en el nombre del Padre que te crió, del Hijo que te redimió y del Espíritu Santo que te santificó" . . . . . "Acabó," exclama alguno de los circunstantes. El sacerdote cambia de rezo y continúa con la oración por los muertos.

Luego se procede a vestir el cadáver "antes de que se enfríe," y a tenderlo en el suelo, a media pieza sobre una cruz de ceniza y con una teja de cabecera, para ganar ciertas "indulgencias." Entretanto se acondiciona el salón que constituirá la capilla ardiente, y terminado esto el cadáver se coloca en su lecho, éste en medio del salón, y en sus ángulos se encienden velas de cera.

Por la noche se encienden frente a la casa, a media calle, una gran luminaria que rasga la tiniebla con sus movedizos reflejos. Al rededor de la luminaria se sientan casi todos los hombres que "velan," y las mujeres, en el interior de la casa, acompañan a los deudos rezando rosarios a cada momento.

Amanece. La primera claridad del día asoma por el Oriente; la luminaria de la calle palidece y se extingue, quedando sólo un montón de cenizas. Comienzan a doblar las campanas de la Iglesia, si el difunto es de aquellos que pueden darse el lujo de que se les diga Misa de Cuerpo Presente, o por lo menos honras fúnebres en el templo.

Vaya o no el cadáver a la Iglesia, una "música de viento" (banda) lo acompaña hasta el panteón. Si el difunto es un niño, es de buen tono llevarlo en "cama de granadillo," y, además, los niños de la escuela lo acompañan llevando cada uno una caña con su penacho de hojas verdes, y formando dos filas que marchan a los compases ruidosos de la banda. Al terminar el sepelio, los niños vuelven a sus casas comiéndose las cañas llenos de contento.

En resumen: el sepelio ha sido una especie de fiesta, una ceremonia triunfal. El dolor aterrador de la muerte se cambia en manifestación de victoria. Esto refleja la indecisión del espíritu de aquellas buenas gentes. El que muere se presenta a un severo juicio particular, ¿el fallo es bueno? ¿Quién sabe! ¿Es malo? Tampoco se sabe. La separación del mundo significa la entrada en otro que "es la Patria celestial." En cambio, la vida material se desarrolla en un "valle de lágrimas," que se abandona con la muerte. Si el que muere es un niño, el triunfo es seguro, un ángel más que va al cielo. Este triunfo lo solemnizan las sonoridades de la banda, y las filas de niños llevando en la mano la caña florecida, señal de la victoria, que después les servirá de agradable golosina.

Estas costumbres han desaparecido para siempre; la fiebre amarilla no dió tregua a la capilla ardiente, y en vez del sonoro y rítmico compás de la "música de viento," se escuchaba el fúnebre trepitar del carretón sobre el mal empedrado piso de las calles. Murió Simón Borrego, y lejos de substituirlo por otro, se hizo perdediza la campanilla para que no se anunciaran las defunciones temiendo á los agentes oficiales más que a la epidemia.

En cambio, otras costumbres han permanecido hasta época reciente desvaneciéndose poco a poco por el progreso social y la transformación material de la ciudad, y algunas, ligadas a los pequeños poblados, a la religión y a la raza, permanecen en pié a pesar del oleaje de las pasiones políticas desencadenado tantas veces contra las libertades públicas.

Entre las primeras era muy simpática y llena de atractivo y encanto, la de festejar el día de San Juan con acuático regocijo, acompañado frecuentemente de música, canto y baile. El recuerdo del Bautista hacía despertar en las imaginaciones colimenses semejanzas entre su río querido y admirable, y el Jordán embelecido por la tradición y la leyenda.

Aun no amanecía el día de San Juan; todavía palpitaban en el Oriente las últimas estrellas, e interrumpían el silencio de la ciudad los agudos clarinazos de los gallos madrugadores, cuando comenzaban a transitar por las calles grupos de jóvenes en animada conversación. Se dirigían al río; en sus amplias y arenosas vegas cambiaban de traje, y se sambullían en los hondables con entusiasmos infantiles. Cuando la luz del alba iluminaba el paisaje, hermoso, original y primitivo era el cuadro que se presentaba a la vista: entre las aguas rebullía una multitud juvenil, alegre y juguetona; en las vegas formaban grupos las familias y sus amistades, teniendo por centro el sencillo pero sabroso almuerzo, en ocasiones adornado con tragos de ponche, melodías de violín y acordes de guitarra, que acompañaban el canto de las que ya habían refrescado en las aguas cristalinas sus carnes tentadoras. Las jóvenes de la población formada con derivación del núcleo llamado San Francisco Almoloyan, por el esfuerzo de los franciscanos, según se dijo, población que surgió en tiempos de la Independencia, como consecuencia de los movimientos de la lucha, y designada con el nombre de "Los Martí-

nez" (hoy Villa de Álvarez), tomaban como lugar de cita para festejar el día de San Juan, la Fábrica de Hilados y Tejidos de San Cayetano. En ese lugar el río aun conserva su belleza primitiva; pero la bullanguera visita prefería los enormes estanques de mampostería que tiene la citada fábrica, para bañarse; saliendo del baño se dirigían al amplio patio de la finca, en el que se levantan frondosos, soberbios y copudos árboles de mango, a cuya sombra se almuerza y se baila casi toda la mañana al son de aquellas arpas de verdad, que solas forman una orquesta. En ocasiones el regocijo permanecía hasta que las policromías metálicas del crepúsculo comenzaban a morir en los brazos de la tarde.

Hubiérase o no pasado todo el día en el acuático festejo, al volver a casa (los de Colima volvían apenas calentaba el sol), las jóvenes procedían a cortarse el pelo, no para continuar pelonas, como en los tiempos actuales, sino todo lo contrario, para lograr que en el año se desarrollara mucho su cabellera, que era considerada como el mejor adorno que la Naturaleza había dado a la hermosura femenina. El corte se hacía con cuchillo, sobre un trozo de "ocote zomonque," cortándose solamente el extremo de la cabellera.

Hoy día de San Juan no tiene el encanto de los tiempos pasados, las costumbres han cambiado. El río que fuera el encanto de los vecinos ha perdido caudal y belleza; su corriente es miserable; la civilización ha urbanizado sus vegas y los puentes de mampostería han cortado a la vista la continuidad de su trayecto.

Así también ha pasado con la pintoresca devoción de San Antonio. En un barrio casi segregado de la ciudad, sobre la margen izquierda del río, y al Norte de la ciudad, barrio formado al rededor de la fábrica de Hilados y tejidos de la Armonía, una familia de apellido "Vuelvas," tenía una imagen de San Antonio, con fama de milagrosa. A ella acudían, año por año, las devotas del Santo, vestidas de indias; algo semejante a lo que se hace actualmente el día de la Virgen de Guadalupe; pero en éste se va al templo, y en aquel se iba a la casa modesta de una obscura familia, poseedora del santo. Todas aquellas indias que concurrían a "bailarle" a San Antonio, es que habían recibido alguna merced de él. Generalmente acudían a implorar su auxilio, se-

gún fama, las muchachas casaderas, que realmente bailaban frente al altar del santo.

Mas ha persistido todavía, a pesar de la civilización y de la borrasca de impiedad que ha sacudido nuestra sociedad actual, la costumbre de tributar homenaje al "Señor del Rancho de Villa," o Señor de la Expiración, venerado en la aldea que lleva aquel nombre. La tradición señala el siguiente origen a la aldea y a la devoción del santo: Entre los primeros colonos que fueron a radicarse a aquellas regiones, hubo uno, de apellido Villa, que fincó un rancho para dedicarse al cultivo de la tierra. A su alrededor se agregaron los rústicos jacaes de los peones del campo que él mismo ocupaba en las campestres labores. Algunos comenzaron a fabricarlos de mampostería, y el rancho fue creciendo lentamente, hasta convertirse en aldea, por lo que actualmente ya es impropio el nombre que sigue llevando de "Rancho de Villa."

Del señor Villa, la propiedad pasó a manos de una familia Moreno que tenía entre sus familiares a un sacerdote que ejercía su ministerio lejos de la familia, pero a la que visitaba de tarde en tarde. Desde su primera visita el sacerdote notó la falta de alguna imagen que recibiera el culto colectivo de aquella congregación de trabajadores, y prometió a sus hermanas mandarles la de Jesús Crucificado. Apenas volvió el P. Moreno a su residencia, cumplió religiosamente la promesa. El valioso obsequio fué recibido con general regocijo de la ranchería, y la piedad campesina cristalizóse luego en modesta capilla en la que tuvo su altar y su culto la imagen del crucificado. Éste premió con milagros la fe de los creyentes, y bien pronto ex-votos y retablos aparecen en uno de los muros del templo, cerca del Cristo, como testimonios de hechos maravillosos. Los primeros son brazos, piernas, corazones. . . . . los segundos representan dolores y aflicciones que la invocación al Cristo ha tornado en dichas y alegrías. En uno de los retablos se ve retratado un virtuoso sacerdote que yo conocí de niño: el P. D. Vicente Pinto. Se cuentan de él muchas anécdotas. Lo cierto es que era digno discípulo de Francisco de Asís. En el retablo aparece perseguido por un cerdo furioso, y la leyenda dice que el P. fue a la humilde casa de un enfermo agonizante, lo confesó, y lo absolvió. Al salir de allí fué atacado por el Diablo en figura de cerdo.

Como a una de las señoritas Moreno le pareciera que el Cristo estaba sucio o deteriorado, propuso que se "retocara." Toda la familia aceptó, y la imagen fue entregada a un estatuario. Este la perdió o la vendió. Pasado el tiempo razonable para la reparación, la familia Moreno urgió al artífice, y éste entregó otra imagen de iguales dimensiones diciendo ser la primitiva "retocada." Sin embargo, han continuado los milagros de la fe.

En la misma capilla se venera otra imagen del Crucificado que pasa varios meses de visita en otros pueblos, especialmente en Coquimatlán, a donde lo llevan a principios de julio. El Martes de Pascua la imagen vuelve al Rancho de Villa, en donde se recibe al amanecer, con cohetes y "danzas." Desde que el alba platea y dora los primeros celajes, hasta la caída del crepúsculo, un río humano de doble corriente inunda el polvoso y pintoresco camino que une a Colima con la aldea. En la capilla se dice misa solemne por la mañana, hay "exposición" todo el día, y se reza el rosario por la tarde. Afuera las "danzas," las vendimias y los visitantes, mantienen febril agitación.

Algunas veces, las lluvias se retardan. La tierra, caldeada por el sol, tortura la vegetación, los sembradíos sufren de sed y los agricultores de temor a la miseria próxima. Entonces la imagen del Crucificado es llevada en procesión numerosa y primitiva por los campos resecos, en tanto que la oración ingenua y colectiva levante el vuelo. A poco las nubes vacían sus ánforas sobre la tierra ardiente; las plantas se alegran, las aves trinan y se perfuma el viento que, con soplos de juventud, acaricia las sementeras y las almas. ¡El milagro se ha hecho! Así lo afirma la fe de los campesinos.

Esa fe que aun subsiste en los campos y las aldeas, ha sido quebrantada en las poblaciones grandes, sobre todo las ciudades, por las rachas de ateísmo que han soplado en la guerra civil, y por la mezcla de población, consecuencia de la misma. De ahí que se hayan relajado las costumbres patriarcales, sinceras y devotas además de pintorescas, que hacían de Colima un paraíso moral, como lo ha sido material, antes de que la serpiente de la política se enroscara al manzano de sus intereses. Estos eran vistos por los particulares con tanto respeto, que los comerciantes no conocían cajas fuertes para guardar el dinero, pero ni

siquiera se les ocurría encerrarlo en cajas de madera con una mal hecha llave, sino que permanecía en algún rincón de la trastienda; amontonado, sin temor a que empleados o sirvientes tomaran lo que no les pertenecía. Esta honradez colimense ha permanecido hasta épocas muy recientes, aunque no con la exageración de los tiempos anteriores, tanto más, cuanto que comenzaron a usarse los billetes de banco y otros documentos mercantiles, de fácil y no maliciosa ocultación. Todavía en la actualidad la honorabilidad colimense, en los nativos de allá o vecindados desde hace largo tiempo, por lo que respecta al respeto a la propiedad, hace un contraste soberano con la de otras poblaciones. Con frecuencia una alhaja perdida en la calle, anda de puerta en puerta, en manos de cualquier persona, aunque esta sea del pueblo, buscando al que la perdió.

Han persistido también algunas diversiones y pasatiempos, como las corridas de toros y los famosos "recibimientos." Los días que preceden al carnaval, y los tres de éste, se organizan corridas de toros por aficionados. Se constituye la plaza en Villa de Álvarez, o en el llano de "la Piedra Lisa." A las once de la mañana se forman los vecinos que a bien lo tienen, todos a caballo, frente al palacio de Gobierno, y precedidos de dos enormes peleles, hombre y mujer, con acompañamiento de músicas y disparos de cohetes y morteros, se dirigen a la "plaza," en donde también los que quieren, a caballo o a pié, lidian dos o tres toros sin orden ni concierto, pero con un regocijo ingenuo y espontáneo, que va a terminar en algún patio o salón dispuesto para el caso, en donde, se sirve un banquete, y se baila hasta la hora de volver a la plaza de toros a presenciar la corrida formal en donde los toros se lidian, ya por aficionados designados de antemano, ya por profesionales contratados al efecto.

Otra diversión era la de las "tapadas de gallos," que está próxima a desaparecer, y que era muy frecuente en tiempos de mi ya lejana niñez, tiempos en los que se escuchó por primera vez en aquella tierra el vals nacional de Juventino Rosas: "Sobre las Olas," en el palco de la orquesta y las cantadoras del Teatro del Pabellón Mejicano, hoy desaparecido. No sé que versos cantaban con el vals; mi memoria apenas comenzaba a darse cuenta de la vida, y me ha sido imposible recordar ese canto que

despertó en mi alma las primeras emociones estéticas, deleitando mi oído con la música y el canto, a la vez que la vista con la evolución de las bailarinas con las que terminada la fiesta de interés y de sangre en que se apostaba sobre el valor, la habilidad y energía de los gallos, cuyo heroísmo yo no comprendía entonces.

Las fiestas de gallos fueron propagandistas del arte musical en Colima, pues que generalmente los organizadores llevaban "cantadoras" de otras partes, que hacían populares las nuevas canciones fácil y espontáneamente tomadas por el instinto de imitación del público. Así fue cómo se aclimataron y vivieron largo tiempo, haciendo los deleites de las tardes veraniegas, a la sombra de los árboles en las huertas frondosas, acompañadas de arpa o de guitarra: "Te volví a ver," "Un día de Gloria," "Si amarame no puedes," "La Paloma Azul," "La Paloma Cucú," "Corarrazones de Mármol," "Bien sé que no me quieres," "El As," "La Chorchá," y tantas otras!

También fué un factor en el arte popular colimense, (digo el popular, y no el populachero, nuestro arte nacional que es la "expresión musical del sentimiento de la nación," y no solamente de los payos), el poeta o más bien músico tapatío, espontáneo e inspirado a quien arrojó hacia aquellas floridas regiones la borrasca política, Arcadio Zúñiga y Tejeda. Con alma sentimental y melancólica, este artista encontró en la ruda y sincera franqueza de los colimenses el asilo que buscaba la turbación de su alma. Apenas llegó y, según la tradicional costumbre de los costaños, se vió rodeado de amigos y de amigas. El amor bien pronto atizó el sentimiento, y estalló en canto de ruisenior por boca de aquel peregrino, para arrullar la hermosura femenina de aquella tierra.

Por aquel entonces una compañía formada en su mayor parte por la familia Montenegro, actuaba en la población. La primera actriz, Clotilde Montenegro, de gallarda figura, ojos de incendio y arrogante ademán, fue una de las musas inspiradoras, y a ella se debió la hermosa canción que en forma de acróstico, lleva por nombre: *A Clotilde Montenegro*. Otro detalle de su vida, más íntimo y doloroso, hizo brotar de su inspiración aquella flor de martirio: *Sueños del alma*, con pétalos de pasión y emponzoñado néctar de celos.

Por otra parte, el momento social fue propicio para el bardo musical, que escribía versos y les daba melodía, con una facilidad asombrosa, a veces improvisando delante de sus amigos. Así fue cómo, al pie de la reja de su amada, en una noche de luna y en unión de algunos amigos, entonó acompañándose con la guitarra aquel idilio de amor caballeresco: "La luna ya se oculta en occidente..." Y como éstas, otras sentimentales melodías se popularizaron e hicieron imperecedero el recuerdo del poeta, más que poeta, músico de melancólica ternura, y hasta honores fúnebres oficiales se le hicieron a su muerte, acaecida en aquella ciudad que lo recibió con los brazos abiertos y le prodigó el cariño de sus propios hijos.

Entre éstos también ha habido artistas de grande inspiración, y alguno, Joaquín Blancas, que vive aun, pudo hacer resonar su nombre lejos de aquella tierra, publicando sus obras musicales, la generalidad regocijadas, alegres y jubilosas, como nacidas al calor voluptuoso de una naturaleza gentil y florida, en alma nacida en aquella tierra, pero en la cual aun palpita en su sangre el alma de la raza hispana. Muy notable fue su jota "Mi trigueña."

Otros dos artistas colimenses son dignos de mencionarse, aunque sus obras han permanecido manuscritas; Juan Nava, que desde muy niño tocaba en un violín de carrizo, y Emerenciano Naranjo. Del primero se conserva "Cabellos de Oro," y del segundo un vals que no tiene nombre; pero ambos trabajos son expresión de intensa sentimentalidad.

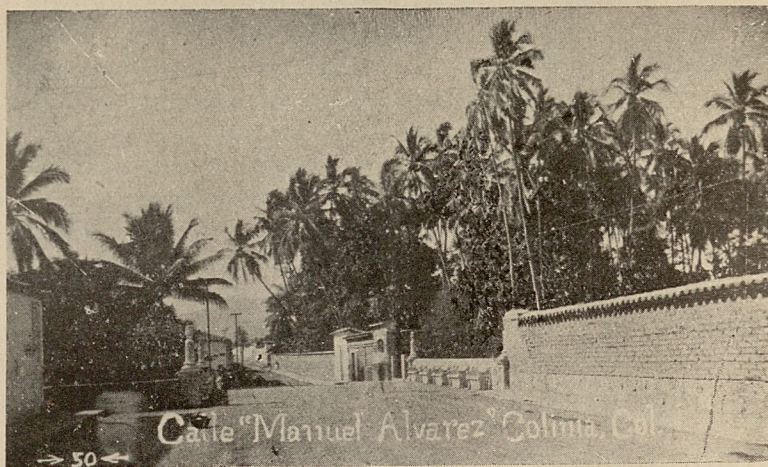
La música erudita y extranjera fué dada a conocer por el señor profesor D. José Levy, de origen francés, que se radicó en Colimá; artista de grande empuje, formó el año de 1883 una orquesta aprovechando los elementos de la población, entre los cuales se encontraban algunos de suprema calidad como los compositores citados, y, además, Manuel Galindo (tío del autor) notable ejecutante en clarinete, y Maximino Matute, habilísimo violinista. La orquesta que llevó el nombre de "La Lira Colimense" por espacio de casi un cuarto de siglo (23 años) estuvo educando el gusto colimense y dando a conocer la música italiana, francesa y alemana que se producía en aquel entonces, pues el señor Levy estaba pendiente de todas las novedades que aparecían en

los citados países. En cuanto a la formación de profesores de piano, o al cultivo de éste por las clases acomodadas, se puede citar a Cosme Bustos, a la Sra. Concepción Schacht, y a su hermana, Amalia Schacht de Castellanos, la primera, notable profesora de piano, y la segunda de canto. Las dos de origen alemán. Posteriormente, ya en nuestros días, se han distinguido en el piano los profesores Manuel Escamilla, Isaac Zamora, (maestro de capilla de la catedral) y la Srita Sara Robles.

La música religiosa o el canto llano se ha usado en Colima desde los días de su fundación; pero es hasta época muy reciente cuando se han ido instalando los órganos en las iglesias, primero de la capital y luego de los pueblos; en la primera se instalaron en las iglesias de "El Beaterio," centro de la parroquia primitiva, templo cambiado de lugar, pues antes ocupaba el que hoy ocupa la Catedral; en la "Sangre de Cristo," en "La Salud," En Villa de Álvarez y en Comala. El de la Catedral es el más recientemente instalado. Fue mandado fabricar a Alemania por don Arnoldo Vogel, por orden del Sr. Obispo D. Francisco Díaz Montes, segundo Obispo de Colima, por los años de 1888 o 1889.

Los maestros de capilla de que se tiene recuerdo, son: D. Francisco Morfín que tocaba el órgano de Villa de Álvarez, acompañado de "Serafín," uno de esos ayudantes de sacristía que se hacen populares, quien movía los fuelles del órgano colgándose de ellos; Cosme Bustos, músico notable y de los primeros profesores de piano de que se tiene noticia en Colima, que fué quien comenzó a tocar el órgano de la catedral; después de éste siguió en ese puesto Isaac Zamora, que había sido mandado a estudiar a Guadalajara por el Sr. Obispo Dr. D. Atenógenes Silva, bajo la dirección del eminente maestro D. Francisco Godínez. Al hablar de la música religiosa es preciso no olvidar a D. Victoriano Zamora, que fué casi toda su vida cantor oficial del Beaterio, pudiéndose decir, aunque no conozco la frase, que fué "cantor de capilla."

Aunque pocos, Colima ha tenido sus representantes en el arte pictórico como D. Jesús Martínez Vargas y su hijo Emilio; el profesor D. Luis Castellanos y sobre todo, la malograda artista Srita. Mercedes Zamora hija por su sangre de D. Victoriano Zamora, y por su arte de la Academia Nacional de Bellas Artes.



Calle "Manuel Alvarez." Colima.



Donde festejaban el día de San Juan.

Esta señcrita fué una verdadera notabilidad, sobre todo para el paisaje. Además de hermosos cuadros representando aspectos del Valle de Méjico, hechos en la capital de la República, llevó al lienzo los mejores paisajes de Colima, que serán documentos históricos que hagan vivir ante las generaciones actuales y futuras, los restos de aquella hermosura silvestre que encadenó a la tierra el alma de los conquistadores obligándolos a dejar la espada y la armadura del guerrero, para tomar la pica y el azadón y cultivar la huerta.

La literatura ha sido más fecunda en sus dos extremas manifestaciones: la filosófica, y la poética. La primera ha estado ligada, como no podía menos, a la religión, siendo el Seminario Conciliar el nido en que empollaron las mejores inteligencias y en que se desarrollaron vigorosamente sus energías. El Seminario, fundado por la piedad y el amor al progreso del señor presbítero González Tinajero, ha sido por largo tiempo el abanderado de la cultura colimense, en un principio indolente y tardía por la embriaguez voluptuosa del clima, tanto, que después de corto tiempo de haberse establecido, se cerró por falta de alumnos; pero la perseverancia del fundador lo hizo renacer prontamente, convirtiéndose en el centro de atracción de la juventud intelectual que de todas partes y de todas las clases sociales, acudía a purificarse en el crisol de su disciplina, a modelarse en el troquel de sus cátedras, a pulirse con el buril de sus controversias, y a servir de acicate y estímulo a todas las aptitudes con la publicidad de sus certámenes y el halago de sus recompensas. Bien es verdad que el objeto genuino y primordial del Seminario fue la ilustración de las personas llamadas al ministerio sacerdotal; pero la realidad se plegaba a la frase evangélica: muchos son los llamados y pocos los escogidos. Estos fueron los que ingresaban a la categoría levítica, en tanto que todos los llamados recibían la ilustración sobre ciencias, filosofía y humanidades, como se decía entonces, lo que abría todos los horizontes a las inteligencias para que ellas escogieran el derrotero que más cuadrara a sus aficiones particulares: la Filosofía, en especial la Dialéctica, desarrollaba el criterio; la Física y la Química llamaban la atención hacia la ingeniería; la Geografía y la Historia hacia el derecho y la Sociología; los idiomas de la

Grecia clásica y del Lacio, el castellano, y la Retórica y Poética, invitaban al cultivo de la literatura, y muy pocos han sido los que no ensayaron su pluma ya en la prosa, ya en el lenguaje métrico. El inglés y el francés daban aptitudes para el conocimiento de pueblos extranjeros, y el del azteca recorría el telón en el escenario de nuestro pasado. Allí, bajo la dirección del hoy anciano IV obispo de Colima Dr. D. Amador Velasco, cuando era Rector del Seminario y catedrático de idioma azteca, nació en mí la afición al estudio de nuestras lenguas aborígenes y de nuestra Arqueología Prehistórica. Así fue cómo el Seminario constituyó la sepa de la cultura colimense, siendo accidental la contribución que le dieran las escuelas secundarias de la capital de Jalisco o de la República, como también el Liceo del Estado que fue de efímera duración. Por eso la casi totalidad de los escritores colimenses, sacerdotes o seglares, ha sido seminarista.

Esgrimí el cortante acero de su dialéctica contra la Reforma luterana el canónigo D. J. Ramón Arzac; treparon audazmente por las estribaciones del silogismo hasta las cumbres nebulosas de la Metafísica los presbíteros Florencio Álvarez y Alvaro Espinosa; alcanzó los honores de la borla en los esplendores de la Teología el actual obispo Dr. D. Amador Velasco, que sorprendió a sus adversarios en la capital tapatía, más que por la habilidad en destrozarse el argumento de la réplica, por la facilidad de hablar el idioma de Horacio y de Virgilio con la elegancia y corrección de los tiempos clásicos de Roma; llegó a los más sublimes arrebatos de la elocuencia sagrada el presbítero D. J. Jesús Carrillo, siendo el primero en una época en que abundaban grandes oradores que honraban el púlpito; en la oratoria civil y parlamentaria descollaron los abogados D. Miguel Castro, D. Severo Campero y D. J. Trinidad Padilla, y en el periodismo beligerante, D. Higinio Sánchez, paladín de las ideas religiosas, D. Atanasio Orozco defensor de las opiniones liberales, y D. Filomeno Medina, jacobino de clara inteligencia y viva imaginación, enémiigo del clero y del catolicismo, a quienes hizo blanco de sus sátiras ingeniosas y mordaces en su semanario "El Perico." En época posterior, también lució las galas de su regocijado estilo, tanto en prosa como en verso, el profesor D. Cenobio González, en su periódico político "El Zancudo."

# MEXICANA

LIBRARIES BOUGHT & SOLD

BIBLIOGRAPHICAL RESEARCH

Paul Van de Velde

APARTADO 2919

MEXICO, D. F.

## Industria Textil

Baratísimas máquinas devanadoras de hilaza en carretes y en canilla de trama. Motor Eliot H. P., telares de mano para colchas.

Plaza Rocha 21 Azcapotzalco, D. F.

## Porrúa Hnos.

LIBRERIA

Av. Argentina y 1ª Justo Sierra

MEXICO, D. F.

## Dr. Miguel Galindo

Especialista en enfermedades tropicales

De 8 a 10 a.m. y de 2 a 4 p.m.

Ericsson 73-33 Pino Suárez 29  
Mex. 21-42 Neri México. D. F.

DISPONIBLE

Flechas, Poleas, Bandas. Carretes, Canillas y Lanzaderas.

Tanques para tintorería.

Plaza Rocha 21 Azcapotzalco, D. F.

## Augusto Prister

Ing. Químico Industrial

GRAL. ESCOBEDO 4

TACUBAYA, D. F.

**DISPONIBL E**

Han ensayado los estudios históricos y geográficos colimenses, los presbíteros Tiburcio Aguilar y Petronilo Preciado, y los seglares Ignacio Rodríguez, Ignacio Vizcarra y profesor J. Jesús Díaz; la Gramática Castellana tuvo un devoto cultivador en el profesor D. Remigio Rodríguez, que dejó inédita una voluminosa obra, y, aunque lejos de la tierra natal, pero honrándola más que algún otro, el profesor D. Gregorio Torres Quintero ha publicado varios trabajos históricos relativos a la nación a la que ha dado un soberbio impulso en la senda del progreso con su método onomatopéyico de Escritura-Lectura, que ha enseñado a leer a muchas generaciones de mejicanos, por lo que Torres Quintero ha llegado a ser honra no sólo de Colima, sino de la República.

La inspiración poética ha florecido gallardamente en Colima; sembrada por el ambiente de hermosura perenne, ha sido fecundada por el estudio de la Literatura General en el Seminario, y dentro de éste regada y podada por la Academia de San León Magno, para crecer afuera con más o menos vigor y lozanía, según los temperamentos y las condiciones sociales de sus representantes. En Ricardo Véjar florece con sus "Baladas de apacibilidad y de ensueño;" en Cristián Schmidt con sus "Cantares" de olor germánico que nos recuerdan el aroma indeciso y penetrante a la vez, melancólico y enigmático de la poesía de Heine; en Miguel García Topete con rojos pétalos de patriótico verso octosílabo que reviven los romanceros de las pasadas luchas; en Abraham Rangel con sus silvestres violetas derramadas en las hojas periodísticas; en Manuel Rivera con sus "Adelfas y Rosas" de esmerado cultivo; en Martín Medina Leal con azucenas de ingenua blancura y se religiosa piedad adornando los altares de la Virgen; en Jorge Inda con ramilletes de alejandrinos sonoros y pintorescos dedicados a esa tierra de supremos encantos; en J. Felipe Valle con guirnaldas de epopeya al amor, al talento y al progreso, y en J. Carlos Calvillo con rosas de galantería regadas al paso de las mujeres hermosas de su época. El drama apenas dió una modesta pasionaria en la sentimental obra de Ignacio Rodríguez: "El Ángel de Redención o la Fuerza del Destino" y zarzuelas pastoriles debidas a la pluma de Donato Campos, musicadas por los artistas de la época. En "La Cotorra"

ensayaron el periodismo Rodrigo Álvarez (Miles), Luis Ortiz y Ramón Castelblanch.

No ha sido escasa la contribución que a la cultura colimense han dado los obispos, no sólo por el cuidado con el Seminario y el impulso directo dado a la enseñanza en ese instituto, sino también por los antecedentes religiosos y familiares que han presidido siempre al desarrollo de las poblaciones del Estado. Los obispos, en lo general, se han presentado más dignos de San Vicente de Paul que de San Agustín. Excepción hecha del jalisciense Dr. don Atenógenes Silva, que sin faltarle ardiente caridad manifestó un empeño entusiasta por la cultura, los otros se han distinguido por aquella virtud, base fundamental del cristianismo. El año de 1882 se erigió Colima en sede episcopal, y al año siguiente, el 25 de junio hizo su entrada triunfal su primer obispo, el Sr. D. Francisco Melitón Vargas. Poco después la fiebre amarilla, según queda dicho, inició sus estragos en el puerto de Manzanillo, atacando a varios sacerdotes, por lo que algunos, en Colima, se negaban a ir al lugar del peligro. Visto esto, una tarde, el 25 de agosto, el Sr. Vargas sigilosamente mandó ensillar su caballo y partió para ir a ministrar los auxilios espirituales, personalmente, a los contagiados. Cuando en Colima se dieron cuenta de esto, fueron a detenerlo, alcanzándolo en la Hacienda de Tecolapa, de donde lo obligaron a volverse, continuando en su lugar otros sacerdotes.

Pero los actos de caridad y fraternidad tan numerosos y frecuentes, en poblaciones de pequeña densidad, tuvieron grandes consecuencias para el desarrollo moral e intelectual de Colima, ya porque el obispo queda convertido en cura de pueblo de cierta categoría y tiene que entenderse personalmente con la mayoría de los feligreses con una familiaridad que casi borra las clases sociales, ya porque desde la llegada de un nuevo obispo comienzan los pretextos para verificar reuniones y festivales en que los artistas apuran la fantasía, los oradores incendian la elocuencia y los poetas pulen el estro.

La extensión del ferrocarril hasta el puerto de Manzanillo, uniendo a éste con la capital del Estado y de la República, ha tenido para Colima soberbios impulsos de progreso y formidables jalones de regresión: Se han modificado las costumbres hacién-

dose más cultas; pero ha disminuído el respeto a la propiedad; se han desarrollado las industrias, han penetrado las comodidades de los vehículos, ha variado la indumentaria, se acabó la monotonía de la población, forman enorme grito los silbatos de los automóviles, se han desarrollado las escuelas. . . . y se han trastornado las ideas, desapareciendo la primitiva ingenuidad y destrozándose la unidad que daba fuerza a la colectividad étnica que ha sido presa de bastardas ambiciones, sufriendo más que otras partes, la capital y poblaciones cercanas. La montaña ha podido conservar sus energías como un tesoro guardado entre los riscos y a la sombra del bosque, como lo prueban las recientes luchas en que ha reivindicado, la sangre indígena, la gloria del oborígen que sacudiera el polvo dos veces a los ejércitos dirigidos por Juan Alvarez Chico y Cristóbal de Olid; la sangre española de las huestes conquistadoras al mando de Gonzalo de Sandoval, el fundador de Colima y uno de los primeros capitanes de Hernán Cortés, y la sangre meztiza que se derramara bravamente por la Independencia y la Reforma, como nacida de dos fuentes de heroísmos en el supremo epitalamio que arrullara el gorgojo de la fuente juguetona, brincando cascadas y balanceándose en el remanso; que adormeciera el canto monótono pero misterioso y emocionante de los palmares, en el vaivén de la hamaca tendida del tronco de los mangos, y despertara con su aplauso la grito de las aves mañaneras saludando al sol, antes de abandonar la alcoba del ramaje.

Así es cómo entre los bosques y los montes, los riscos y hondonadas, se conserva algo del oro legítimo de la raza, como el oro metálico en la veta de la mañana, mientras el resto, en los últimos trances de su historia, ha sufrido las tiranías de tan efímeros como perversos feudalismos sin brillo y sin blasones.

Guarda aquella tierra de rica desventura, aquel paraíso en que penetró la serpiente de la política y se enroscó al manzano de sus tesoros, las sagradas cenizas de los seres más queridos de mi alma: en olvidada sepultura el padre que me dejó la herencia de su honradez inmaculada y para ella forjó y templó mi carácter, como forjaba el hierro en el yunque de su fragua; la madre que me infundió con su sangre la altivez ante el destino, el espíritu batallador, intransigente y caballeresco de sus an-

tepasados, y el amor al progreso y a la gloria, y la dulce compañera de mi vida, ilusión de mi juventud, relámpago de felicidad en aquella tierra de ensueño, que alienta en sus vergeles la floración dolorosa de mis recuerdos.

¡Tierra de bendición y de infortunio! Lo primero, porque el cielo volcó en ella el ánfora de sus más preciosos dones; púsola en las últimas ondulaciones del manto de esmeralda de los volcanes, que sirvieron de "guión" a las primitivas tribus trashumantes para que, dando flanco izquierdo, llegaran al Valle del Anáhuac, y a orilla del Océano resonante que besa con espumas las faldas de su traje; llenóla de riquezas agrícolas y ganaderas; perfumó su ambiente con las emanaciones de sus selvas tropicales e iluminó sus paisajes de encanto indefinible con el puro rosicler de sus auroras y el rutilante fulgor de sus crepúsculos, y dióla por morada a gente ingenua, generosa y franca, con vigores masculinos para el trabajo, y encanto y hermosura femeninas para el hogar. Pero la ha herido varias veces el infortunio; sus tesoros han sido disputados, desde a raíz de la Conquista, por las hordas de Nuño Beltrán de Guzmán, y después por sus émulos y descendientes. Por eso la Historia de Colima, que debiera ser narración bucólica de festivales campestres, ensueños enervantes y amores tropicales, ha tenido sus actos de tragedia, de sangre y de ignominia, que deben condenarse con los galopantes endecasílabos del poeta castellano:

"Nunca la ruin bajeza ha merecido  
Censura eterna, sino eterno olvido."

México 31 de julio de 1928.

